

# LAS FIESTAS AZTECAS DE LOS DIOSES DE LA LLUVIA:

*Una reconstrucción según las fuentes del siglo XVI (\*)*

*por Johanna Broda de Casas*

---

(\*) La investigación para este trabajo se realizó como parte de un proyecto dirigido por el profesor Karl Anton Nowotny y patrocinado por el Fonds zur Förderung der Wissenschaftlichen Forschung, Viena, Austria. Quiero expresar aquí mi agradecimiento a esta institución y al profesor Nowotny. El trabajo fue presentado como Memoria de Licenciatura, en junio de 1970, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Agradezco al profesor don Manuel Ballesteros-Gaiibrois el haberme dirigido la Memoria. En el texto y notas de este artículo se utilizan las siguientes abreviaturas:

SA = Sahagún, Bernardino de.

HG I, 4, p. 45 = Sahagún, «Historia General de las Cosas de Nueva España», Libro I, cap. 4; ed. Garibay, 1956, t. 1, p. 45. (Los Libros I y II que hemos utilizado para este trabajo, están incluidos en el primer tomo de la edición de 1956).

CF I, 4, p. 7 = Sahagún, «Florentine Codex» (Códice Florentino), Libro I, cap. 4, p. 7. Santa Fe, 1970 (segunda edición).

CF II, 20, p. 42 = Sahagún, «Florentine Codex» (Códice Florentino), Libro II, cap. 20, p. 42. Santa Fe, 1951.

Durán I/A, 9, p. 85 = Durán, 1967, «Historia de las Indias», t. I, «Libro de los Ritos», cap. 9, p. 85 (véase nota (2)).

Durán I/B, 4, p. 239 = Durán, 1967, «Historia de las Indias», t. I, «El Calendario Antiguo», cap. 4, p. 239.

Scler, GA I, p. 150 = Scler, «Gesammelte Abhandlungen», t. I, p. 150.

Las ceremonias propiciatorias de la lluvia y la fertilidad formaban el núcleo del ritual azteca; representaban también la parte más antigua de la estructura compleja de las fiestas del calendario. La preocupación por la lluvia resultaba lógicamente del carácter agrícola de la sociedad azteca; por una parte, el culto de la fertilidad es uno de los fenómenos más extendidos en las sociedades agrarias en todo el mundo, mientras que por otra parte, recibió su énfasis particular de las condiciones climáticas de la altiplanicie de México Central.

La cultura azteca se componía de dos estratos superpuestos: el de la población agrícola del Valle de México, con tradiciones antiguas que se remontaban a los tiempos clásicos y preclásicos, y el de los inmigrantes chichimecas, tribus de cazadores y recolectores con un nivel cultural simple, que venían del Norte. Mientras que la religión de los primeros giraba alrededor del culto de la fertilidad, la religión de los segundos tenía una orientación astral con un énfasis en el culto solar y la adoración del planeta Venus. Los chichimecas tenían sus dioses tribales que los guiaban en sus migraciones. El proceso de asimilación de los chichimecas a las poblaciones sedentarias de México Central se refleja también en la religión, en la que puede observarse una superposición de los dioses tribales como Huitzilopochtli, Tezcatlipoca o Mixcoatl-Camaxtli sobre los antiguos dioses agrícolas. El símbolo externo de este proceso fue la presencia de Huitzilopochtli al lado de Tlaloc en la pirámide principal del Templo Mayor de Tenochtitlan.

Esta síntesis de diferentes componentes se observa también en el ritual. Tenemos por una parte el culto de los dioses «tribales»: las fiestas dirigidas a Huitzilopochtli y Tezcatlipoca o los antiguos ritos de caza de la fiesta de Camaxtli-Mixcoatl; y por otra, las fiestas de los dioses de la lluvia, del agua, del maíz y de la vegetación. Estas últimas fiestas formaban un conjunto, mientras que las primeras no tenían entre sí una cohesión interna. Las deidades de la lluvia y de la vegetación jugaban un papel predominante en el ritual, proporcionalmente mayor que en la mitología azteca. Esta observación es interesante en cuanto al estudio de las interrelaciones entre

el mito y el ritual, ya que parece que diferentes grupos de dioses tenían preponderancia en el ritual y en la mitología.

Para poder analizar mejor la materia del ritual azteca, es necesario empezar a un nivel descriptivo. El presente trabajo es una reconstrucción de las fiestas que se hacían a los dioses de la lluvia y del agua; también hemos considerado las interrelaciones que existían con otras ceremonias que se desarrollaban de manera paralela en las mismas fiestas. Además, el estudio del ritual azteca puede arrojar nueva luz sobre el carácter de los dioses, mostrando muchas veces unas características muy diferentes de las ideas preconcebidas que tenemos de ellos.

Se tiene la oportunidad única de realizar este análisis gracias a la existencia de una fuente verdaderamente etnográfica: la «Historia General», de fray Bernardino de Sahagún, sobre todo en su versión original en nahuatl. Además de los textos relevantes de Sahagún (1) hemos utilizado en este trabajo la descripción de las fiestas contenida en la «Historia de las Indias», de Diego Durán (2), que constituye el complemento más importante al material de Sahagún. Otras fuentes que tratan de esta materia, aunque de manera mucho menos completa, son: los «Memoriales», de Motolinía (3),

---

(1) Sahagún, 1950-57: «Florentine Codex» (CF), principalmente los libros I y II (traducción inglesa del original nahuatl, por Anderson y Dibble).

Sahagún, 1956: «Historia General» (HG), los mismos libros (versión castellana de Sahagún).

Sahagún, 1948: «Relación breve de las fiestas de los dioses» (traducción castellana del original nahuatl del Códice Matritense, por A. M. Garibay).

Sahagún, 1958/1: «Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses» (traducción castellana del original nahuatl del Códice Matritense, por M. León-Portilla).

Sahagún, 1958/2: «Veinte himnos sacros de los nahuas» (traducción castellana del original nahuatl, por A. M. Garibay).

Para las apreciaciones que se utilizan al citar las fuentes en el texto, véase las explicaciones al final del artículo.

(2) Durán, 1967. Tomo I de la «Historias de las Indias», de Durán, consiste A. Del «Libro de los Ritos», y B. Del «Calendario Antiguo». Estas dos partes se citan como I/A y I/B. En la antigua edición de Ramírez Chavero (México, 1867-80), estos dos libros formaban el tomo II.

(3) Motolinía, 1967. El gran valor de los datos de Motolinía consiste

el «Calendario de Tovar» (Kubler y Gibson, 1951), la «Relación de Texcoco» de Juan Bautista Pomar (1941) y las dos fuentes básicas sobre la mitología azteca: la «Historia de los Reynos de Colhuacan y México» (Lehmann, 1938) y la «Historia de los Mexicanos por sus pinturas» (Garibay, 1965) (4).

Hemos tratado de reconstruir una imagen más completa y objetiva de las ceremonias a base de un análisis crítico del material relevante que hemos encontrado en las fuentes mencionadas, comparando y complementando entre sí los datos obtenidos (5). Este artículo no pretende ser exhaustivo. Existen varias otras fuentes que contienen también información relevante, pero su estudio está fuera de los límites de este trabajo: no hemos considerado aquí ni las representaciones en los códices ni los indicios arqueológicos para el culto de Tlaloc. Este trabajo es en primer lugar analítico y sistematizador, aunque tratamos también de establecer algunas interrelaciones entre el ritual y la mitología, así como la estructura social. La finalidad es presentar un «material» —abstraído de las descripciones en las fuentes del siglo XVI— que sea bastante consistente y completo, que pueda servir para futuros estudios antropológicos más comprensivos de la antigua religión mexicana.

## I.—LOS DIOSES.

### *Tlaloc.*

En todas las zonas de Mesoamérica el culto del dios de la lluvia se pierde en la más remota antigüedad. Los mayas de Yucatán le adoraban con el nombre de Chac, los zapotecas con el nombre de Cocijo, los mixtecas como Tzahui y los totonacas como Tajín. En la primera civilización de Mesoamérica, La Venta, el culto giraba alrededor de un dios con rasgos del

---

en la fecha temprana de su recopilación (entre los años 1536-42); véase Broda, 1971.

(4) Para un análisis más detenido de estas fuentes, véase Broda, 1970: Appendix on the Sources.

(5) Véase también Broda, 1970, pp. 197-201, y 1971, Introducción.

jaguar antropomorfo, que también era un dios de la lluvia; incluso se observa la continuidad entre la máscara del jaguar-serpiente del dios olmeca y la máscara típica del Tlaloc azteca. En Teotihuacan el antecesor de Tlaloc jugaba un papel



Fig. Tlaloc. Códice Magliabecchiano 32 (según Covarrubias).

predominante, y sus representaciones son incluso más numerosas que las de Quetzalcoatl, que como dios del viento y de la serpiente emplumada, estaba también íntimamente relacionado con los dioses de la lluvia y de la fertilidad.

En la época de la Conquista, las poblaciones del Valle de México eran conscientes de la antigüedad que tenía este dios. Juan Bautista Pomar afirma en la «Relación de Texcoco» que «el ídolo llamado Tlaloc es más antiguo en esta tierra, porque dicen que los mismos culhuaque le hallaron en esta tierra, y no haciendo caso de él los chichimecas, ellos le comenzaron a adorar y reverenciar por dios de las aguas». El mismo autor dice en otro párrafo: «...no saben dar razón por qué lo adoraban por dios de los temporales, más de que por algunas inteligencias hay sospechas que lo hicieron un género de gentes que llamaron tolteca, que hubo antiguamente en esta tierra, que se despoblaron de ella muchos años antes que los chichimecas la tornasen a poblar. Dicen que Nezahualcoyotzin por reverencia de este ídolo ... lo puso en el *cu* y templo de esta ciudad en compañía de Huitzilopochtli». (1941, pp. 14-15).

Diego Durán confirma esto mismo diciendo que «en toda la tierra tenían gran veneración y temor a Tlaloc y a su veneración se ocupaba toda la tierra generalmente, así los señores, reyes y principales, como la gente común y popular. El asiento perpetuo del cual era en el mismo templo del gran Huitzilopochtli y a su lado...» (I/A, 8, p. 81).

Se han dado diversas etimologías del nombre del dios: según Seler, Tlaloc significa «el que hace brotar» (GA, Register, 1923, p. 290; también Caso, 1962, p. 57). León-Portilla quiere derivar el nombre de «tlal(li)» y «oc», «que está en la tierra», que la fecunda (SA, 1958/1, p. 121). Por otra parte, Schultze-Jena ha propuesto derivarlo de «tlaloc» (refl.), «correr, precipitarse sobre (el viento), se enfurece», adjetivo: «tempestuoso»; de este modo, Tlaloc significaría «el que se enfurece, el tempestuoso» (1950, p. 373). Las etimologías citadas hacen referencia a los dos aspectos del carácter del dios, ya que por una parte era el dios de la lluvia benéfica que hace crecer la vegetación, y por otra era el dios de las tormentas y tempestades.

Tlaloc se llamaba «tlamacazqui», «el proveedor divino» (6). El texto nahuatl del CF dice que «a él se le atribuía la lluvia; porque él creaba y mandaba a tierra la lluvia y el granizo. El hacía brotar, crecer y florecer los árboles, la hierba y el maíz...» (7). El dominio del dios era el «Tlalocan» («el lugar de Tlaloc»), un lugar de abundancia, frescura, verano perpetuo y felicidad eterna: ...«en el cual hay muchos regocijos y refrigerios, sin pena ninguna; nunca jamás faltan las mazorcas de maíz verdes, calabazas y ramitas de bledos, aji y jitomates, frijoles verdes en vaina y flores» (HG, III, Ap. 2, p. 297). Esta imagen del paraíso del dios de la lluvia era muy antigua en México Central, y data por lo menos del período Clásico; los famosos frescos de Teotihuacan dan un testimonio espléndido de ella.

Según las creencias aztecas, el Tlalocan era el mundo ultraterreno para los hombres que morían ahogados en el agua, que eran muertos por los rayos, o los que morían de enfermedades contagiosas como lepra, bubas, sarna gota e hidropesía, cuyos patronos eran los Tlaloques (véase abajo). Los cuerpos de estos difuntos no se quemaban como era la costumbre general, sino que se enterraban, poniéndoles semillas de bledos en las quijadas, sobre el rostro; además, les pintaban la frente de color azul y les ponían sobre ella y en la nuca papeles pintados, los vestían también con papeles; en la mano les colocaban una vara (Caso, 1962, p. 57). En las costumbres aztecas de enterramiento se reflejan también los dos niveles culturales superpuestos: el rito de quemar los difuntos era típico de tribus cazadoras y nómadas, mientras que el entierro era una antigua costumbre agraria.

---

(6) Tlamacazqui, lit. «el que dará algo». «De donde dos sentidos: a) El que dará lo necesario para la vida, o sea, el Proveedor divino. En este sentido se aplica a los dioses, en especial a los de la lluvia. b) El que dará algo para el servicio de los dioses, y en este sentido se aplica a los ministros secundarios del culto» (Garibay, 1953-54, vol II, p. 408).

(7) CF I, 4; p. 7. Es interesante notar la diferencia entre el original nahuatl (CF) y la versión en la HG. Se cambia notoriamente el énfasis: en el original: el dios se identifica más íntimamente con los fenómenos, mientras que Sahagún da énfasis a la separación entre el dios y los fenómenos regidos por éste (HG I, 4; p. 45).

También se le llamaba Tlalocan a la cadena de montañas que separa el Valle de México del Valle de Huexotzinco; en ella había un santuario importante del dios. Durán admitió que no sabía «... cuál tomó la denominación de cuál: si tomó el ídolo de aquella sierra, o la sierra del ídolo»... (I/A, 8, p. 82). Estas altas montañas al este del lago, con sus bosques de pinos verdes, coronadas por la blancura de la nieve eterna, simbolizaban para los agricultores arcaicos la frescura y la fertilidad. Para los aztecas, las expresiones «Xiuhcalco», «la casa verde», o Acxoyacalco, «la casa de pinos», seguían siendo sinónimos para el Tlalocan (Soustelle, 1940, p. 49). Hoy día incluso, hay en las montañas altas de México Central pequeños santuarios donde los indios hacen ofrendas al dios de la lluvia, asimismo se encuentran innumerables indicios arqueológicos sobre el culto del dios en las cumbres de los montes.

La asociación íntima entre la lluvia y las montañas resulta lógicamente de las condiciones climáticas. En las cumbres de las montañas que dominan la altiplanicie se acumulan en la época húmeda las nubes que traen la lluvia. Por otra parte, la lluvia está muy a menudo asociada con la tormenta. Son los rayos y truenos los que anuncian la lluvia. Así pues, los fenómenos naturales explican por qué en el pensamiento religioso la lluvia se ha asociado con las montañas, las nubes y la tempestad, y se ha concebido un dios, que era el dueño, o la personificación de estos fenómenos.

Tlaloc era en primer lugar un dios benévolo. Al mismo tiempo, tenía en su poder fuerzas destructoras; se enojaba, mandaba la sequía, las inundaciones, los granizos, los hielos y los rayos. La «Historia de los Mexicanos» se refiere a estas diversas funciones de Tlaloc: «... del cual dios dicen que tiene un aposento de cuatro cuartos, y en medio de un gran patio, donde están cuatro barreñones grandes de agua: la una es muy buena, y de esta llueve cuando se crían los panes y semillas y enviene en buen tiempo. La otra es mala cuando llueve, y con el agua se crían telarañas en los panes y se anublan. Otra es cuando llueve y se hielan; otra cuando llueve y no granan y se secan». (Garibay, ed., 1965, p. 26). Según la «Leyenda de los Soles» (Historia de los Reynos), Tlaloc



fue el dios que presidió la tercera edad del mundo, «4 quiiauitl» («Sol de Lluvia»), que fue destruido por la lluvia de fuego (tlequiauitl). Esta última simboliza posiblemente los rayos, o quizás las erupciones volcánicas.



Fig. 2. Tlaloc. Códice Vaticanus A.

A consecuencia del carácter ambivalente de Tlaloc, la gente le temía mucho y se sentía culpable ante él. Tenían miedo de no satisfacerle y se sentían obligados a «pagar su deuda» para con él. El canto sacro a Tlaloc expresa estos sentimientos. Este himno se cantaba en el ritual, y empezaba con las siguientes palabras: «Ay, en México se está pidiendo préstamo al dios...». Algunas líneas más abajo continúa:

«Ay, eres mi caudillo, Príncipe Mago (nahualpilli),  
y aunque en verdad,  
tú eres el que produce nuestro sustento,  
aunque eres el primero,  
sólo te causan vergüenza, deshonor...».

(SA, 1958/2, p. 51).

Aunque el simbolismo detallado del canto permanece más bien oscuro, estas líneas expresan la concepción básica que tenían los aztecas sobre su relación con Tlaloc. El dios daba la lluvia «en préstamo», para recibir a cambio sacrificios humanos. «Es una deuda que se intenta contraer con el dios, para pagarla luego» (Garibay: SA, 1958/2, p. 54). A lo largo de este estudio veremos cómo el ritual confirmaba precisamente esta concepción mítica.

*Los Tlaloques.*

Según la «Historia de los Mexicanos» (op. cit.) «... este dios del agua para llover crió muchos ministros pequeños de cuerpo, los cuales están en los cuartos de dicha casa, y tienen alcancías en que toman el agua de aquellos barreñones y unos palos en la otra mano, y cuando el dios del agua les manda que vayan a regar algunos términos, toman sus alcancías y palos y riegan del agua que se les manda, y cuando truena es cuando quiebran las alcancías con los palos, y cuando viene rayo es de lo que tenían dentro o parte de la alcancía».

Estos servidores o ministros «pequeños» de Tlaloc eran también los cerros deificados. La relación que existe entre las montañas y las nubes, que traen la lluvia, condujo a la concepción de unos dioses-cerros, dueños de aquella. «Todos los montes eminentes, especialmente donde se arman nublados para llover, imaginaban que eran dioses» (HG, I, 21, p. 72). Estos montes se concebían como dioses mismos, no solamente como la morada de ellos. Es muy importante notar la diferencia entre esta concepción y la cristiana, según la cual dios es omnipresente y no limitado a ningún lugar. Como ya hemos mencionado, Tlaloc mismo se identificaba con una montaña. En cierto modo, Tlaloc no era más que el nombre genérico del grupo de los Tlaloques.

En la religión azteca existían varios grupos de dioses cuyos miembros tenían la misma función y eran como la multiplicidad de un solo dios: así estaban los 400 dioses del pulque («Centzon Totochtin»), los 400 Mímixcoa («Serpientes de nube») y los 400 Uitznaua («los del Sur»). El número 400

denotaba «innumerables» en el pensamiento nahuatl. Los Mimixcoa eran las estrellas o seres míticos del cielo del Norte, y los Uitznaua las estrellas del Sur. Mixcoatl, dios tribal de los chichimecas y dios de la caza con asociaciones estelares, era el jefe o prototipo de los Mimixcoa, mientras que Huitzilopochtli estaba relacionado con los Centzon Uitznaua. Los Tlaloques eran el único grupo que no aparecía en el número de 400, pero también eran innumerables e, igual que los dioses del pulque, sus miembros eran dioses locales.

Es interesante notar que el dios del viento, Eecatl, tenía también una multitud de pequeños servidores, los Eecatoton-tin, que tenían su morada en las montañas (Soustelle, 1940, p. 48). Eecatl pertenecía al grupo de los Tlaloques (SA, 1958/1, p. 155). Se decía que él «barría los caminos para la lluvia». Mientras que Tlaloc tenía poder sobre cuatro diferentes tipos de lluvia, Eecatl enviaba al mundo cuatro tipos de vientos. Según la «Historia de los Mexicanos» dos de ellos eran benéficos: el viento del este, Tlalocayotl («la cosa de Tlaloc») y el del oeste, el Ciutlampa eecatl, mientras que los otros dos eran maléficos: el viento del norte, Mielampa eecatl, y el del sur, Uitzlampa eecatl (Soustelle, 1940, p. 68).

Además de ser los dueños de la lluvia y de los montes, los Tlaloques eran los patronos de ciertas enfermedades de la piel como la lepra, las bubas y las sarnas; también lo eran de la hidropesía y mandaban «las enfermedades causadas por el frío» como la gota, el tullimiento, el envaramiento del pescuezo, etc. Todos los que morían de estas enfermedades, tenían el privilegio de ir al Tlalocan. Se reconoce fácilmente la relación causal que se había establecido entre estas enfermedades y los Tlaloques: entre «las enfermedades causadas por el frío» y las montañas donde hace más frío que en el Valle; en el caso de la hidropesía, la inferencia también es comprensible; en cuanto a la lepra, las bubas y las sarnas, la gente creía que el agua cura estas enfermedades. Durán menciona que en la fiesta de Tepeilhuitl la gente se bañaba en los ríos y las fuentes. Creía que si no se lavaban contraerían enfermedades contagiosas «como eran bubas, lepra, gafedad, de los cuales males decían que sucedían por los pecados

y que estos dioses se los enviaban en venganza de ellos» (I/A, 16, p. 156) (8).

*Los mitos de los Tlaloques y del maíz.*

En la cumbre del cerro Tlalocan había una estatua grande del dios. Pomar describe que era de piedra blanca, con aspecto de hombre. Estaba sentado sobre una losa cuadrada y su cara miraba hacia el Oriente. En la cabeza llevaba un lebrillo tallado de la misma piedra, lleno de ulli (9) derretido «y en él había de todas semillas de las que usan y se mantienen los naturales, como era maíz blanco, negro, colorado y amarillo, u frijoles de muchos géneros y colores, chía, huauhtli y michihuauhtli, y aji de todas las suertes que podían haber



Fig. 3. Tlaloc. Códice Matritense: «Atavíos de los Dioses».

(8) Es interesante notar que Xipe Totec también se asociaba con las enfermedades de la piel, como viruela, sarna, apostemas y enfermedades de los ojos (HG I, 18; p. 65). Esto es otro indicio de que Xipe estaba relacionado con los dioses del agua y de la fertilidad. En el caso de Xipe, la cura mágica estaba relacionada con la piel de las víctimas desolladas en la fiesta de Tlacaxipeualiztli (véase Broda, 1970, pp. 230, 242).

(9) Ulli: Resina de un árbol, aún no cocida. La planta es *Hebea brasiliensis*. Et. prob., «lo que se mueve» (HG, t. 4, vocabulario, p. 368). Ulli derretido se utilizaba con frecuencia en el ritual para adornar los atavíos de papel. Los cronistas utilizaban la palabra «hule».

los que lo tenían a cargo, renovándolo cada año a cierto tiempo... hacíanle sacrificios de niños inocentes» (1941, p. 15).

Esto se hacía porque se consideraba a los Tlaloques como los dueños primeros del maíz. En la «Leyenda de los Soles» se conservan dos mitos que cuentan cómo los hombres adquirieron el maíz de los tlaloques. Según el primer mito, Nanauatl (10) robó el maíz blanco, morado, amarillo y rojo de los Tlaloques (los Tlaloques azules, blancos, amarillos y rojos), así como los frijoles, bledos, la chíá y el michihauhtli, es decir, todos los alimentos importantes. Nanauatl partió por medio de un rayo el tonacatepetl, «el cerro de las mieses», donde estaban encerrados todos los alimentos, y los robó (11). Hasta hoy día se encuentran creencias similares entre los pipiles, según las cuales los tepeua, los «muchachos de la lluvia», robaron el maíz del interior de un cerro; el más pequeño de ellos, Chijchin, partió el cerro (12).

El segundo mito se refiere a la caída de los toltecas. En esta época se dieron un gran número de presagios que anunciaban desastre. El último rey tolteca, Uemac jugó una partida de pelota con los Tlaloques, en la que como prenda el rey puso sus joyas y los dioses pusieron mazorcas de maíz tierno (xilotl) y cañas verdes. Al ganar la partida, se burló de los dones de los dioses, y estos, para castigar su soberbia, retira-

---

(10) Nanauatl «el sarnoso» (el buboso), era un dios importante en la mitología azteca; se convirtió por autosacrificio en el nuevo sol. Es curioso que un personaje pobre y enfermo destacase entre los demás dioses, aunque este motivo se encuentra también en otras religiones. Es de notar que las bubas se atribuían a los Tlaloques. Aunque actualmente no existe bastante evidencia para comprobarlo, Nanauatl podría haber sido relacionado con los Tlaloques, siendo «el buboso: el que está dedicado a los dioses de la lluvia».

(11) Lehmann, 1938, p. 340. La traducción que da Lehmann de este párrafo, es incorrecta; véase Nowotny, 1970, p. 13, según el manuscrito de G. Zimmermann.

(12) Schultze Jena, 1935, pp. 60, 345; 1950, 358. Schultze Jena propone otra etimología de «tepeua»; de «tepe(tl)», «cerro» (raíz) y -ua (sufijo): «los dueños de los cerros». Se decía que los tepeua vivían en el interior de los montes. Los trabajos de campo de Schultze Jena entre los pipiles (1935) y entre los quiche (1933), demuestran la supervivencia de estas creencias hasta nuestra época. Gran interés tendría también una comparación con el material sobre el Suroeste de los Estados Unidos, sobre todo con los mitos de los navajos; véase Nowotny, 1970, p. 22.

ron sus «piedras preciosas, sus plumas de quetzal» (el maíz) durante cuatro años. Esto produjo una gran hambre en Tula, en la que murieron muchos toltecas. Al cumplirse los cuatro años, los Tlaloques aparecieron en la fuente de Chapultepec e hicieron salir del fondo del agua el xilotl (maíz tierno) y los otros alimentos. Un sacerdote de Tlaloc salió del agua y dio un brazado de xilotes a un tolteca que se encontraba allí; le dijo: «toma ésto y dáselo a Uemac. Los dioses piden la hija de los mexitin (ichpochmexitin) de Tozcucucx (13); porque de ahora en adelante los mexicanos comerán el maíz en este país, mientras que la fortuna de los toltecas se acabará». El tolteca llevó el mensaje a Uemac; este se afligió mucho y dijo que había llegado el fin de Tollan. Luego mandó mensajeros a los mexicanos para decirles que los Tlaloques les pedían el sacrificio de la hija de Tozcucucx, Quetzalxochtzin.

Al recibir la noticia, los mexicanos ayunaron durante cuatro días, y terminados éstos, llevaron a la niña al lugar Chalchiuhcoliyuan en el remolino de la laguna Pantitlan; allí la sacrificaron según lo habían pedido los dioses. Los Tlaloques surgieron de nuevo del fondo del agua, y consolando a Tozcucucx por la muerte de su hija, le mandaron abrir su calabacilla de tabaco (iyetecon). Dentro de ella le pusieron el corazón de su hija junto con todas las especies de alimentos y le dijeron: «De aquí en adelante los mexicanos van a comer el maíz, ya que los toltecas se extinguirán pronto». En aquel momento se nubló el cielo y empezó a llover. No dejó de llover durante cuatro días y cuatro noches, y todas las hierbas, el maíz y los alimentos empezaron a brotar de nuevo y produjeron ricos frutos (Lehmann, 1938; pp. 375-81).

Es muy interesante que en este mito se simboliza la transición del poder político de los toltecas a los aztecas por la adquisición del maíz: el pueblo que recibe el maíz como alimento básico, tiene el favor de los dioses, y de esta manera dispone de los atributos necesarios para adquirir el poder

---

(13) Según Chimalpaín, Tozcucucx era el séptimo jefe tribal de los mexicanos (Lehmann, 1938, p. 378). Se menciona también en el canto sacro a Tlaloc; véase abajo «Sacrificio de Niños».

político. Aunque el relato es puramente ficticio (14), refleja de manera simbólica el hecho de que los aztecas fueron los sucesores de los toltecas como pueblo dominante en el centro de México. Como se sabe también por muchas otras fuentes, los aztecas estaban muy preocupados por establecer la continuidad con el pasado glorioso de los toltecas.

Por otra parte, el mito demuestra que los dueños originarios del maíz y de las demás plantas alimenticias eran los dioses de la lluvia, es decir, que eran los antiguos dueños de la agricultura. Para que los hombres adquirieran el maíz, tuvieron que robarlo o adquirirlo por medio de un contrato con aquéllos; los sacrificios humanos eran la contrapartida que ofrecían los hombres.

En el primer mito mencionado, los alimentos se encontraban dentro del cerro Tonacatepetl, mientras que en el segundo surgían del fondo del agua. Los cerros así como los lagos, los ríos y las fuentes pertenecían a los Tlaloques y eran en realidad un solo dominio. En el Libro XI, Sahagún describe de manera evocativa la visión del mundo azteca según la cual todo el espacio por debajo de la tierra estaba lleno de agua; ésta procedía del Tlalocan y salía por los manantiales a formar los ríos, los lagos y el mar. Los montes tenían la función de retener las aguas como «vasos grandes o como casas llenas de agua; y que cuando fuese menester se romperán... y saldrá el agua que dentro está, y anegará la tierra; y de aquí acostumbraban a llamar a los pueblos donde vive la gente 'altepetl', que quiere decir monte de agua o monte lleno de agua» (HG, XI, 12, 1956, 3, p. 344). Los dioses de la lluvia tenían las aguas en su poder para enviarlas a la tierra, donde sus efectos podían ser beneficiosos o nocivos. Las cumbres de donde se engendraban las nubes, las cuevas en los montes, los montes, así como las fuentes y los ríos, eran los lugares sagrados de los Tlaloques.

Durán menciona que los indios hacían muchas ceremonias en las fuentes, sobre todo en aquellas que salían del volcán

---

(14) El «imperio» tolteca se derrumbó en el siglo XI, mientras que los aztecas se establecieron en Tenochtitlan en el siglo XIV.

(Popocatepetl) o nacían a los pies de unos árboles llamados ahuehuatl («atambor del agua»: las sabinas). Ofrecían allí muchos objetos de oro y piedras preciosas, así como cantarillos, platillos y muñecas de barro. Además, la gente tenía muchas supersticiones en cuanto a pasar por las fuentes y los ríos, bañarse o mirarse en ellos, y echar sortilegios en el agua (I/A, 19, p. 174).

*Chalchiuhtlicue.*

Según la «Historia de los mexicanos por sus pinturas», al principio del mundo los cuatro hijos de Tonacatecutli crearon a Tlaloc y Chalchiuhtlicue como pareja divina para mandar sobre las aguas (Garibay, 1965, p. 26). En este sentido, corresponden a tantas otras parejas divinas que presiden diversas regiones del cosmos, aunque su unidad no es tan perfecta como la de las otras parejas que llevan la variante masculina y femenina del mismo nombre (Mictlantecutli, Mictecaciuatl, etc.).

Según otra tradición mítica, Chalchiuhtlicue no era la mujer de Tlaloc. El dios tuvo por primera esposa a Xochiquetzal, la diosa de las flores y del amor. Cuando ésta le fue raptada por Tezcatlipoca, el guerrero joven, Tlaloc tomó por segunda mujer a Matlalcueye, «la de la falda verde» (Caso, 1962, p. 59). Pero en realidad, Matlalcueye no era sino otra variante de la diosa Chalchiuhtlicue que adoraban los tlaxcaltecas, identificándola con la montaña de Tlaxcala (llamada hoy día «La Malinche»), cuyas laderas estaban cubiertas de bosques verdosos. Esto demuestra que Chalchiuhtlicue-Matlalcueye era también una deidad de los montes como Tlaloc (Soustelle, 1940, p. 50). Según otra tradición, Chalchiuhtlicue era más bien la hermana mayor de los Tlaloques (CF, I, 11, p. 21).

Mientras que Tlaloc era el dios de las aguas pluviales, Chalchiuhtlicue, «la de la falda de jade», era la diosa del agua de las fuentes, los ríos y los lagos, y especialmente de la laguna de México. Los hombres que se hundían en barcos y se ahogaban, caían bajo su dominio. El mar no jugaba un papel importante en el pensamiento azteca, ya que los pueblos



de la altiplanicie central tenían muy poca relación con él. Los antiguos mexicanos entendían por agua principalmente el agua dulce —las aguas de la lluvia, las fuentes y los ríos que fertilizaban las tierras de cultivo—, mientras que el mar simbolizaba para ellos «el agua divina», límite de lo conocido y dominio misterioso de los dioses (Soustelle, 1940, p. 50).



Fig. 4. Chalchihuitlicue. Códice Borbónico 5 (según Covarrubias).

Había otra diosa que estaba más íntimamente relacionada con el mar que Chalchihuitlicue: la diosa de la sal, Uixtociuatl.

Chalchihuitlicue era una diosa muy antigua en el centro de México. La famosa escultura monumental de la diosa prueba la existencia de su culto en Teotihuacan, aunque fuera bajo

otro nombre. Según la mitología azteca, Chalchiuhtlicue era la deidad que había presidido la cuarta edad del mundo, «4 Atl», «Sol de agua», que fue destruido por las inundaciones (15). Desgraciadamente sabemos poco sobre el culto que recibía esta diosa entre los aztecas. Sahagún indica que era la patrona de la gente que tenía su ocupación en relación con el agua (de la laguna); este grupo profesional proveía la representante de la diosa en la fiesta de Etzalcualiztli. Chalchiuhtlicue formaba una especie de triada con otras dos diosas íntimamente relacionadas con ella: Chicomecoatl, la diosa del maíz, y Uixtociuatl, la diosa de la sal, «porque decían que estas tres diosas mantenían a la gente popular para que pudiese vivir y multiplicar» (HG, I, 21, p. 51). Representantes de estas tres diosas eran sacrificadas en tres meses seguidos (Etzalcualiztli - Tecuilhuitontli - Uey tecuilhuitl) (véase más adelante).

#### *Uixtociuatl.*

Uixtociuatl, «la mujer diosa de la sal» pertenecía al grupo de las deidades de la lluvia y del agua. Era la patrona de «los que hacen sal». Sahagún hace referencia a un mito, según el cual Uixtociuatl era la hermana mayor de los Tlalocques; en una ocasión enojó a sus hermanos y a consecuencia de esto la desterraron y persiguieron hasta las aguas saladas, allí ella inventó la fabricación de la sal (CF, II, 26, p. 86).

Esta diosa debe haber tenido más importancia de lo que admiten los cronistas. Según la concepción cosmológica de los trece cielos, Uixtociuatl residía en el cuarto cielo, la región superior a aquella por la que camina el sol. En el ritual jugaba también un papel considerable, ya que VII-Tecuilhuitontli, la fiesta de los salineros, era únicamente dedicada a ella. Aparte de esto, se sabe poco sobre esta diosa. Seler señaló el parecido de los atavíos de Uixtociuatl y Chalchiuhtlicue la del agua salada y Chalchiuhtlicue la del agua dulce

---

(15) «Historia de los Mexicanos»; según la «Historia de los Reynos», «4 Atl», fue la primera edad del mundo.

tlícue, atribuyéndolo a que en realidad Uixtociuatl era la (GA, II, p. 480).

*Diosas del maíz y dioses del pulque.*

Las diosas del maíz Chicomecoatl, Xilonen, Cinteotl e Ila-matecutli, estaban íntimamente relacionadas con los Tlaloques. Todos estos dioses pertenecían al grupo grande de las deidades del agua y la vegetación que constituía el núcleo del culto de la fertilidad. Este parentesco se refleja naturalmente en el ritual, así como en los atavíos que llevaban.

Los dioses del pulque formaban el segundo grupo importante de los dioses de la fertilidad. El maguey (que tenía una gran importancia para los aztecas, no sólo por el pulque (octli) que se fabricaba de él, sino también por los muchos usos industriales para los que servían las hojas y espigas de la planta), fue deificado con el nombre de Mayauel. Se decía que esta diosa tenía 400 pechos (el número 400 como la expresión absoluta de la fertilidad) para alimentar a sus 400 hijos, los «Centzon Totochtin» o innumerables dioses de la embriaguez. Tochtli, el conejo, era el símbolo de la embriaguez; era también íntimamente asociado con la luna.

Patecatl, el marido de Mayauel, era el jefe de los Centzon Totochtin, mientras el nombre genérico para ellos era Ome Tochtli («2 Conejo») (SA, 1958/1, p. 89). Los demás dioses del pulque eran deidades locales que provenían de las diferentes regiones del México Central. En su papel básico de la fertilidad, los dioses del pulque estaban relacionados con los Tlaloques y en algunos casos es difícil distinguir si un dios era un Tlaloque o un dios del pulque. En sus atavíos también tenían varios atributos en común.

II.—LOS ATAVÍOS DE LOS DIOS DE LA LLUVIA Y DEL AGUA.

*Tlaloc.*

Las representaciones de Tlaloc son muy numerosas en las esculturas, en las vasijas de barro, en los códices y en las pinturas. Es el dios más fácil de reconocer por sus insignias características, sobre todo por su máscara que consiste en una

especie de anteojos y una fila de dientes con colmillos. El rasgo felino de las fauces recuerda al dios jaguar de los olmecas. Generalmente, la máscara está representada de una forma estilizada. No obstante, en algunas representaciones más realistas se revela que los cercos alrededor de los ojos y las volutas de los labios están realmente hechos del cuerpo de dos serpientes entrelazadas (Soustelle, 1940, p. 47). Las serpientes eran un antiguo símbolo del agua, de la fertilidad, y en el caso de Tlaloc, también de los rayos.

Esta máscara está pintada de azul, el color más típico de los dioses de la lluvia y del agua. El cuerpo y rostro del dios están pintados de negro —el color de los sacerdotes y hechiceros—, mientras que el tocado de plumas de garza (aztatzontli) es blanco y parece representar a las nubes (16). Otros atributos característicos son una especie de abanico de papel plegado que lleva el dios en la nuca (tlaquechpaniotl), el chalequillo de rocío (iyauach xicol), y el collar de jade (la piedra característica de los dioses del agua); en la cabeza lleva además del aztatzontli una joya que remata en dos plumas de quetzal, llamada quetzalmiahuayo, «la espiga preciosa», que simboliza la espiga del maíz. En las manos sujeta un bastón de junco florido (oztopilin) y un escudo con una flor acuática (atlacuezonchimalli), y otras veces en vez de éste, una talega de incienso (SA, 1958/1, p. 121; Caso, 1962, p. 60). Todos estos son atributos típicos de los dioses relacionados con la lluvia, el agua, los montes y la fertilidad (véase figs. 1, 2 y 3).

La descripción que Durán da de la estatua de Tlaloc es algo diferente: «La estatua del cual era de piedra labrada, de una efigie de un espantable monstruo, la cara... a manera de sierpe, con unos colmillos muy grandes, muy encendida y colorada, en lo cual denotaban el fuego de los rayos y relám-

---

(16) En la ilustración del Códice Matritense (fig. 3), todos los atavíos están pintados de blanco, excepto el quetzalmiahuayo, que es verde y rojo; parece más bien que el dibujante se olvidó de pintar los colores. Durán es el único autor que afirma que los atavíos de la estatua de Tlaloc eran rojos (véase abajo).

pagos que del cielo echaba...; el cual, para denotar lo mismo, tenía toda la vestidura colorada.

En la cabeza, tenía un gran plumaje, hecho a manera de corona, todo de plumas verdes y relumbrantes... Al cuello, tenía una sarta de piedras verdes por collar (*chalchiuitl*), con un joyel en medio, de una esmeralda redonda engastada en oro. En las orejas tenía unas piedras... de *chalchiuitl*, de las cuales colgaban unos zarcillos de plata. Tenía en las muñecas unas ajorecas de piedras ricas, y otras en las gargantas de los pies. En la mano derecha (llevaba) un relámpago de palo, de color morado y ondeado, a la manera que el relámpago se pone desde las nubes al suelo culebreando. Tenía en la mano izquierda una bolsa de cuero llena de copal... Tenían sentado a este ídolo en un galán estrado de una manta verde, pintada de muy galanas pinturas» (I/A, cap. VIII, p. 82).

En las representaciones de los dioses hay que distinguir generalmente entre la representación convencional del dios en los códices y los «atavíos» de los dioses (pinturas o descripciones) que realmente se refieren a los atavíos que llevaban los sacerdotes o las víctimas cuando representaban vivos a este dios. Estos atavíos son naturalmente más simples que las representaciones de los dioses en los códices. El manuscrito de Sahagún sobre los «Atavíos de los dioses» se refiere realmente a estas insignias que vestían los representantes vivos de los dioses (véase figs. 3, 5 y 6). Hay que decir lo mismo de las descripciones de Sahagún en el Libro I o de algunas descripciones e ilustraciones de Durán (véase figs. 17 y 19). Es importante tener en cuenta esta diferencia. Además de las representaciones pictográficas, había los ídolos o las estatuas de los dioses; en el texto arriba citado, Durán se refiere a la estatua de Tlaloc.

#### *Chalchiuhtlicue.*

Chalchiuhtlicue estaba vestida con atavíos de papel, pintados de azul y blanco y teñidos con ulli derretido haciendo un dibujo como olas (representación del agua). La característica constante en las representaciones de la diosa es una venda azul y blanca, con dos grandes borlas que cuelgan a

ambos lados del rostro. También llevaba la «espiga preciosa» (quetzalmiahuayo) y la pluma de quetzal en lo alto de su tocado (SA, 1958/1, p. 133).

En el Libro I, en el capítulo sobre la diosa, Sahagún describe sus atavíos más ampliamente: «Los atavíos con que pintaban a esta diosa son: ...la cara con color amarillo, y la ponían un collar de piedras preciosas de que colgaba una medalla de oro; en la cabeza tenía una corona hecha de papel pintada de azul claro, con unos penachos de plumas verdes y con unas borlas que colgaban hacia el colodrillo, y otras hacia la frente de la misma corona, todo de color azul claro. Tenía sus orejeras labradas de turquesas de obra mosaíca; estaba vestida de un huipil y unas naguas pintadas del mismo color azul claro, con unas franjas de que colgaban caracolitos mariscos» (HG, I, 21, 1956, I, p. 51).



Fig. 5. Chalchiuhtlicue. Códice Matritense: «Atavíos de los Dioses».

En la mano izquierda llevaba igual que Tlaloc un escudo con una flor acuática (atlacuezonan chimalli) y en la mano derecha un palo de sonajas (chicauaztli) que era un atributo típico de los dioses relacionados con la vegetación y la fertilidad. Nótese las diferencias en las representaciones de la

diosa en el Códice Borbónico (fig. 4) y en el manuscrito de los «Atavíos de los dioses» (fig. 5); esta última se refiere a la representante viva de la diosa.

### *Uixtociuatl.*

En los atavíos de la diosa de la sal predominaba el color blanco. Su cara estaba pintada de amarillo, el color de las flores del maíz. Su gorro de papel, con dos grandes borlas, era muy parecido al de Chalchiuhtlicue, aunque su color era blanco en vez de azul. En lo alto del tocado llevaba el penacho o la espiga de quetzal, igual que Tlaloc, Chalchiuhtlicue y las diosas del maíz. Sus orejeras eran de oro. Su camisa y falda estaban bordadas con dibujos de olas («representación de agua») y la borla del huipil estaba adornada con chalchihuites que simbolizaban las nubes (véase fig. 6).



Fig. 6. Uixtociuatl. Códice Matritense: «Atavíos de los Dioses»

Además, Sahagún menciona en la descripción de la fiesta Tecuilhuitontli, que la representante de la diosa llevaba en los tobillos unos cascabeles de oro o sonajas de caracolitos blancos, que estaban insertos en una tira de piel de ocelote; al andar, estos sonaban mucho. De su escudo pintado con una flor acuática (atlacuezona chimalli) colgaban unos rapacejos de plumas de diferentes colores y pájaros. Cuando bailaba,

hacía girar su escudo en un círculo. También daba golpes contra el suelo, iba marcando el ritmo del baile con su bordón de junco florido (yyoztopil), que sujetaba en la otra mano. Este bordón estaba adornado en la parte alta con papeles goteados de ulli y tenía insertadas flores de papel con plumas de quetzal (HG, II, 26, p. 172; CF, II, p. 86, 1958/1, p. 137). De la indicación de estos detalles se nota que los atavíos de los representantes de los dioses eran en realidad más ricos que están pintados en el Códice Matritense.

### III.—LAS CEREMONIAS.

Para describir las fiestas de los dioses de la lluvia seguiremos el orden de los meses en los que estaban fijadas en el calendario. Según Bernardino de Sahagún, el año azteca empezaba con el mes I Atlcaualo (17). Tomamos este mes como punto de partida ya que la mayor parte de nuestro material proviene de Sahagún. El hecho de que sigamos este sistema no quiere decir que lo aceptemos necesariamente como el auténtico comienzo del año azteca, pues existen dudas (véase Broda, 1969, pp. 36-44) sobre esta cuestión. Parece que los pueblos mesoamericanos empezaban el año con diferentes meses, es decir, que existían variantes locales, y además, que el principio del año no constituía una escisión tan grande tal como la que han inferido los investigadores modernos a base del Año Nuevo europeo. Veremos a lo largo de este estudio que el comienzo de períodos rituales no coincidía con el principio del año en I Atlcaualo. Precisamente el ciclo de los sacrificios de niños a los Tlaloques empezaba en XVI Atemoztli y continuaba hasta IV Uey tozotzli.

#### 1.—*El ciclo de los sacrificios de niños.*

Según Sahagún, los sacrificios de niños empezaban en el mes I Atlcaualo y se repetían, según necesidad, hasta el mes IV Uey tozotzli, hasta que había caído el agua necesaria

---

(17) Los números romanos se refieren a la posición del mes dentro del año que empieza con Atlcaualo.



para el crecimiento de las sementeras: «según relación de algunos, los niños que mataban juntábanlos en el primer mes, comprándolos a sus madres, e íbanlos matando en todas fiestas siguientes hasta que las aguas comenzaban de veras; y así mataban algunos en el primer mes, llamado Quauitleua (Atlcaualo); y otros en el segundo, llamado Tlacaxipeualiztli; y otros en el tercero, llamado Tozoztontli; y otros en el cuarto, llamado Uey tozoztli, de manera que hasta que comenzaban las aguas abundantemente, en todas las fiestas crucificaban niños» (CF, II, 4, p. 8; HG, 4, 1956, 1, p. 114).

Esta cita de Sahagún es la más conocida; no obstante, también encontramos referencias dispersas en otras fuentes, que demuestran que los sacrificios de niños empezaban en los meses anteriores; Motolinía menciona que tenían lugar en XVI Atemoztli y Durán en XVIII Izcalli (véase estos meses).

*I.—Atlcaualo-Quauitleua (18).*

*«El levantamiento de los postes»:  
«las tiras de papel»  
(amateteuitl).*

En todas las casas privadas, en los telpochcallis y los templos de los barrios, se plantaban para esta fiesta unos palos largos, de los cuales se colgaban unas banderas de papel blanco, decoradas con gotas de ulli derretido. También las dejaban en el lugar sagrado de la laguna, Pantitlan. Estos palos tenían una fuerza mágica inherente: «... por medio de estas tiras sagradas (teteuitl) y varas largas (cuenmantli)... se produciría el verdor, el retoño y el crecimiento» (CF, II, p. 42) Tovar afirma de modo similar que «en este tiempo ...va los árboles... habían levantado y alzado cabeza o revivido,

---

(18) Según Sahagún el nombre de Atlcaualo se utilizaba en Tenochtitlan (CF II, p. 42); la traducción de la palabra es contradictoria: «dejan las aguas» (Caso, 1958, p. 63); «cesación del agua» (Clavijero, 1945, II, p. 401); o por otra parte, «penuria de agua» (Torquemada, 1723, II, L. 10, p. 295). El otro nombre del mes, Quauitleua, «levantamiento de los postes» (Caso, 1958, p. 63) o «palo se alza» (SA, 1948, p. 291) se utilizaba también fuera de Tenochtitlan y se refería precisamente a las ceremonias con los teteuitl.

comenzando a estar copados; ... levantaban en señal de esto una bandera de colores y encima de la hasta, rica plumería, denotando el contento de las plantas...» Esta bandera particularmente rica, está representada en la ilustración del Calendario de Tovar; amateteuitl más simples se ven en la ilustración del Códice Matritense (véase figs. 7 y 8).

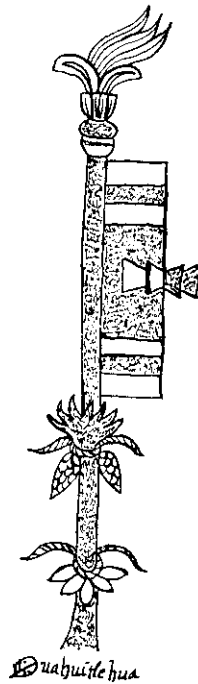


Fig. 7. Quauitleua. Calendario de Tovar.

La «Relación Breve» se refiere principalmente a estas ceremonias: «Y en las casas por todas partes se ponían erigidos palos largos delgados azules, de los cuales se colgaban papeles (con) pintura de ulli: se llamaban «tiras de papel» (amateteuitl). Y cuando el sol se metió, se hace la plantación de las tiras sagradas en la arena» (Sahagún, 1948, p. 292). Después (de noche ?) llevaban los amateteuitl en procesión a los montes. Toda la gente participaba en esta procesión, «los del pueblo bajo, los caballeros, los señores», cada uno lle-

vando una tira sagrada en los hombros. Delante de la gente iban los sacerdotes de Tlaloc. En la ilustración de la «Relación Breve» se ve esta procesión (véase fig. 8). Las primeras dos figuras a la derecha son sacerdotes que llevan un chichauaztli o palo de sonajas, y una bolsita de copal (insignias típicas de los Tlaloques). Tienen unas alas de papel pegadas a los hombros; los niños que se sacrificaban en los montes también llevaban estas alas de papel (véase abajo).

Se desprende de las huellas de los pies que la procesión se dirigía a un santuario en la cumbre de un monte donde se sacrificaban los niños: «...subían (las tiras sagradas) arriba de los montes; con esto se hacían sacrificios de hombres allá en el patio del diablo (=ídolo)» (ibídem). La figura central parece ser uno de estos niños, llevado a



Fig. 8. Quauiltleua. Códice Matritense: «Relación Breve...».

cuestas por un hombre; tiene puesto su gorro de papel con la espiga de quetzal. El templo tenía un patio cuadrado rodeado por un muro; allí se encuentran los ídolos pequeños de los cerros, los tepictoton. La «Relación breve» indica que en una sola procesión se llevaban los amateteuitl y los niños a los santuarios de los montes. Esta interpretación la vemos reforzada por el hecho de que los niños se llamaban las «tiras humanas» (tlacateteuitl) por analogía con las «tiras de papel» (amateteuitl).

*Los sacrificios de niños:  
«las tiras humanas»  
(tlacateteuitl).*

La ofrenda preferida de los Tlaloques eran aquellos niños «que tenían dos remolinos en la cabeza y que hubiesen nacido en buen signo: decían que estos eran más agradable sacrificio a estos dioses, para que diesen agua en su tiempo» (19). Estos niños se compraban «de sus madres», según dice Sahagún. Por otra parte, Pomar indica que eran niños esclavos de 7 u 8 años de edad, que daban los señores como ofrenda para estos sacrificios (1941, p. 17), mientras que según Motolinía eran los propios hijos de los nobles (1967, p. 63). Aunque lo más probable es que hubieran sido niños esclavos, no hay que excluir las otras posibilidades. Adornaban a los niños con tocados de plumas de quetzal y collares y brazaletes de chalchiuitl. Les pintaban las caras con úlli líquido y con pasta de bledos. Llevaban unas alas de papel pegadas a los hombros. Además de estas insignias comunes —que eran todas típicas de los dioses de la lluvia—, cada niño iba vestido con atavíos de papel en colores y dibujos diferentes. Los niños eran llevados en unas andas cubiertas de plumas de quetzal. Los niños pasaban la noche antes del sacrificio en vela en el ayauhcalli (20), mientras que los sacerdotes (tlamacazqui y quaquacuiltin) cantaban himnos a los dioses.

---

(19) HG II, 20, p. 139; CF II, p. 42: «With them, the rains were sought; rain was asked.

(20) Ayauhcalli, «la casa de niebla», era un adoratorio dedicado a los Tlaloques que estaba en la parte occidental del lugar llamada Tepet-

Sahagún menciona siete lugares sagrados a donde se llevaban los niños para el sacrificio: seis cerros en las cercanías de Tenochtitlan, así como el remolino de la laguna de México, Pantitlan. En las cumbres de estos cerros había santuarios de los Tlaloques, como el que está representado en la «Relación Breve». Los niños recibían los mismos nombres de los cerros donde morían, es decir, representaban vivos a estos cerros. Los sacrificios de niños, seguían pues el mismo plan que los demás sacrificios humanos: las víctimas eran la personificación viva de los dioses; en este caso, se tomaban niños para representar a los «dioses pequeños», los Tlaloques, a base de una asociación de magia por analogía.

En el Quauhtepetl, un cerro cerca de Tlatelolco, se sacrificaba un niño del mismo nombre, vestido con atavíos de papel de color encarnado (o marrón).

En la cumbre del Yoaltecatl, un cerro cerca de Guadalupe, se sacrificaba un niño del mismo nombre, adornado con unos papeles teñidos de negro con rayas de tinta roja.

En el Tepetzintli (o Tepetzinco, «en el lugar del Tepetzintli»), un montecillo dentro de la laguna, enfrente de Tlatelolco, se sacrificaba una niña que estaba vestida de azul y se llamaba Quetzalxoch (21).

En Poyauhtlan (22), al pie y enfrente del Tepetzintli, había en la parte oriental un pequeño santuario llamado ayauhcalli («casa de la niebla»), allí se sacrificaba un niño

---

zincó (HG II, 20, p. 141). Había cuatro ayauhcallis al borde de la laguna que estaban edificadas en los cuatro puntos cardinales; posiblemente representaban la morada mítica de los Tlaloques en el Tlalocán (SA, 1956, t. 4, vocabulario, p. 324).

(21) Quetzalxoch(tzin), «flor preciosa, flor de pluma de quetzal»: así se llamaba la niña, ichpochmexitlan, «la hija de los mexicanos», en el mito de la «Historia de los Reynos»; véase abajo.

(22) Poyauhtlan, «junto a la niebla que parece humo»; el nombre se refiere a la niebla espesa que se ve en la cumbre de los montes en días de tormenta (Garibay, SA, 1958/2, p. 59). Era el nombre del Pico de Orizaba, pero también de un lugar en la laguna donde se hacían sacrificios de niños en I-Quauhtleua. El mismo lugar se menciona en el himno sacro de Tlaloc en relación con el mito de Quetzalxoch (véase abajo). En la fiesta de Etzalcualiztli ayunaban en Poyauhtlan el «México tlenamacac» y el «Tlalocan tlenamacac», y se sacrificaban muchos cautivos en este sitio (CF II, p. 166).

llamado Poyauhtecatl y vestido con unos papeles con rayas de ulli líquido.

En el remolino de la laguna Pantitlan, se sacrificaba un niño con el nombre de Epcoatl (23); sus atavíos estaban adornados con conchas.

En la cumbre del Cocotl, un cerro en términos de Chalco Atenco, se sacrificaba un niño del mismo nombre, vestido con unos papeles, la mitad rojos y la mitad leonados.

En el Yiauhqueme, un cerro en el término de Atlacuihuaya, se sacrificaba un niño del mismo nombre, adornado con unos papeles leonados.

Al llevar los niños a su sacrificio, la gente que los veía pasar, empezaba a llorar y a lamentarse. Los niños también lloraban mucho; estas lágrimas se tomaban como señal de que iba a llover pronto: «...(porque) sus lágrimas simbolizaban la lluvia. Por esto los hombres se alegraban; sus corazones descansaban. Así pues, decían: 'Verdaderamente, la lluvia vendrá pronto...» (CF, II, p. 44). Otros pronósticos de lluvias o heladas se tomaban de la venida de algunas aves, sobre todo del cuilacochin y de su canto (HG, II, 20, 1956, 1, pp. 139-41; CF, II, pp. 42-44).

Motolinía habla de otra costumbre mágica con el fin de producir lluvia: «...en esta fiesta no se lavaba nadie en cuatro días, porque lloviese e hiciese buenos temporales para el maíz». Este autor menciona el sacrificio de un niño y una niña en «el peñol del agua» (parece tratarse de los sacrificios en el Tepetzintli y en Poyauhtlan) (1967, p. 44).

Además, Motolinía da unas explicaciones interesantes sobre los sacrificios de niños en general. Dice que «una vez en el año cuando ya estaban salidos de un palmo sus panes en sus labranzas, en los pueblos que había señores y principales... sacrificaban un niño y una niña de edad de tres o cuatro años,

---

(23) Epcoua, Epcoatl, «serpiente de nácar», era un nombre del dios Tlaloc. En el texto sobre los sacerdotes, Sahagún habla del «Epcoua cuacuiltzin» («el sacerdote tonsurado de la serpiente de nácar»), cuyo oficio era preparar el incienso, los tetcuitl y todas las cosas necesarias para las fiestas de Tlaloc (1958/1, p. 89).

que estos eran hijos de principales, no esclavos, y esto hacían en el monte, a honra de Tlaloc... a estos niños inocentes no les sacaban el corazón, sino degollábanlos, y envueltos en mantas poníanlos en una caja de piedra» (1967, p. 63). Esto mismo es confirmado por Pomar: «...y los llevaban al monte donde el ídolo de piedra estaba y allí, con un pedernal agudo, los degollaba un sacerdote... de este demonio. Y degollados... los echaban en una caverna... que había en unas peñas junto al ídolo, muy oscura y profunda...» (1941, p. 17).

Motolinía también trata de explicar el origen de estos sacrificios: «...tuvieron principio de un tiempo que estuvo cuatro años que no llovió ni apenas quedó cosa verde, y por aplacar al demonio del agua, su dios Tlaloc, y porque lloviese, le ofrecían cuatro niños». (1967, p. 64). El principio de los sacrificios de niños se relacionaba generalmente con una gran sequía o hambre. Posiblemente Motolinía se refiere al origen histórico de estos sacrificios en la gran hambre que padecieron los aztecas en el siglo xv, según afirman los anales históricos. Por otra parte, el mito de Quetzalcoch sitúa su origen en la época mítica del derrumbamiento del «imperio» tolteca, relacionándolo con la transición del poder a los aztecas. La «Historia de los Reynos» conserva otro fragmento de un mito sobre el origen de estos sacrificios, relacionándolo también con la gran hambre que padecieron los toltecas. Según esta versión, los Tlaloques pidieron los hijos del último rey tolteca, Uemac, como víctimas: los toltecas «los llevaron al 'agua de Xochiquetzal' y a los cerros Huitzoc y Xicococ. De esta manera se pagaba la deuda para con Tlaloc sacrificando niños pequeños. Desde entonces, empezó la ofrenda de 'tiras humanas' (*tlacatetemictilizli*), que en adelante se practicaría generalmente» (Lehmann, 1938, p. 99).

Todas estas versiones tienen en común que los sacrificios de niños se concebían como un contrato entre los hombres y los Tlaloques. Para obtener de los dioses los alimentos necesarios para la vida, los hombres tenían que hacer los sacrificios. Los hombres tenían que si no rendían suficiente culto a Tlaloc, este podía montar en cólera y retener las lluvias o destruir las sementeras. El canto sacro de Tlaloc expresa esta ambivalencia en la relación con el dios, así como que los

hombres se sentían obligados a «pagar su deuda» para con el dios con los sacrificios (véase el capítulo sobre Tlaloc). Esta interpretación del canto de Tlaloc es probada por el hecho de que los sacrificios de niños se llamaban efectivamente *nextlaualli*, «la deuda pagada» (24).

El canto de Tlaloc hace también referencia al mito de Quetzalcoch al mencionar el nombre de Tozcucueux; dice así:

«En Poyauhtlan.  
Con sonajas de nieblas  
es llevado al Tlalocan.  
Ay, mi hermano Tozcucuexi  
... ..» (25).

Al mismo tiempo podemos establecer una correspondencia entre estas líneas y los sacrificios de niños en I Quauitleua. Sahagún menciona que la niña llamada Quetzalcoch era sacrificada en el Tepetzintli, un montecillo frente al lugar llamado Poyauhtlan. En Poyauhtlan, había un ayauhcalli donde se sacrificaba otro niño (véase arriba). Así pues, el canto se refiere a la representación dramática del mito en el ritual, y constituye de esta manera un nexo entre el mito y el sacrificio, haciendo referencia a ambos. Estos himnos se cantaban en el curso de las fiestas. Tenemos aquí uno de los raros casos en los que conocemos el mito que justificaba el sacrificio. Se puede suponer que existían mitos para explicar todos los sacrificios humanos, aunque nuestras fuentes sean poco explícitas sobre este tema.

---

(24) *Nextlaualli*, *nextlualoia*, derivado de *ixtlana*, «pagar su deuda» (Scler, GA t. II, parte 4; Schultze-Jena, 1950, p. 314; Lehmann, 1938, p. 99). No obstante, esta interpretación del término *nextlaualli*, dada por primera vez por Scler, no es completamente cierta. La misma expresión se utilizaba como término general para todos los sacrificios humanos. Anderson y Dibble (CF II, p. 42) y Garibay (SA, 1948, p. 313) dan una traducción más neutra como «sacrificio». Por otra parte, parece que todos los sacrificios en general se consideraban como una «deuda pagada».

(25) SA, 1958/2, p. 51, líneas 25-28. Las líneas siguientes, que muy probablemente daban detalles sobre la referencia mística, faltan en el manuscrito.



*II.—Tlacaxipeualiztli.*

En este mes se celebraba la gran fiesta de Xipe Totec. Durán es el único autor que indica que se hacían también ceremonias a los Tlaloques: se llevaban papeles rayados de ulli (teteuitl) a las cuevas y a los santuarios en los montes; se ofrecía copal y allí a los ídolos pequeños (tepicoton) se les vestía con atavíos de papel (I/B, 5, p. 245).

*III.—Tozoztontli.*

Según Motolinía, esta fiesta tenía lugar «cuando ya los panes estaban hasta la rodilla de alto»; en ella se sacrificaban a Tlaloc cuatro niños esclavos, de edad de cinco a siete años, depositando los cadáveres en una cueva (1967, p. 64). Sahagún también menciona sacrificios de niños en este mes (CF, II, p. 5). Por lo demás, se hacía una fiesta a la diosa Coatlicue y se ofrecían las primicias de las flores en el templo Yopico. Los labradores hacían ceremonias en los campos.

*IV.—Uey tozoztli.*

En este mes, «cuando ya los panes estaban a la cinta, poco más o menos» (Motolinía, 1967, p. 65), se hacía una gran fiesta a la diosa del maíz Chicomecoatl-Cinteotl. Se ofrecían a la diosa cañas de maíz y muchas otras plantas. Sahagún menciona que en Uey tozoztli se celebraban los últimos sacrificios de niños, sin describir ninguna otra ceremonia a los dioses de la lluvia (CF, II, p. 8). Por otra parte, Durán describe detalladamente una fiesta a Tlaloc que debe haber tenido una gran importancia (I/A, 8, pp. 82-93).

*La fiesta del cerro Tlalocan.*

La fiesta constaba de dos partes: a) ceremonias realizadas en el monte, y b) en la laguna. La finalidad de la fiesta era «pedir buen año, a causa de que ya el maíz que habían sembrado estaba todo nacido».

En la cumbre del cerro Tlalocan había un patio cuadrado con una cerca blanqueada, «la cual se divisaba de muchas

leguas» (26). En un lado del patio había un templo, dentro del cual se encontraba la estatua de Tlaloc rodeada de muchos idolillos pequeños que representaban a los demás cerros, «los cuales todos tenían sus nombres, conforme al cerro que representaban; los cuales nombres hoy en día les duran, porque no hay cerro ninguno que no tenga su nombre».

Para celebrar la fiesta acudían a este santuario el rey Motecuhzoma con toda la nobleza de Tenochtitlan así como el rey de Texcoco, Nazaualpilli, y los reyes de Tlacopan y Xochimilco, acompañados de sus nobles; Durán señala que llegaban incluso los nobles de las ciudades enemigas de Tlaxcala y Huexotzinco. Para hospedarlos a todos se «hacían grandes y vistosas chozas y ramadas... para cada rey y parcialidad (calpulli ?) en distintos lugares... a la redonda de aquel gran patio... en lo alto del cerro».

--- El día de la fiesta, al amanecer, salían los reyes y señores en procesión, llevando a un niño de seis o siete años en una litera que estaba cubierta por todas partes para que nadie lo viera. Lo llevaban hasta el patio del templo (tetzacualco); allí, delante del ídolo, los sacerdotes de Tlaloc lo mataban dentro de la litera, mientras que los otros sacerdotes tocaban sus caracolas y flautillas.

Después del sacrificio, el rey Motecuhzoma entraba con sus nobles en la habitación donde estaba la estatua de Tlaloc, llevando consigo unos atavíos muy ricos con los que vestía al ídolo. También les ponía unos atavíos nuevos a todos los idolillos de los cerros. Igualmente, los reyes de Texcoco, Tlacopan y Xochimilco llevaban trajes nuevos a los ídolos y hacían la misma ceremonia. A continuación, cada rey servía personalmente muchos tipos diferentes de comida al ídolo. La estancia y el patio quedaban cubiertos de cestillos llenos de comida y vasos de cacao; este último no podía faltar en las ofrendas. Finalmente, los sacerdotes de Tlaloc rociaban al ídolo y toda la ofrenda y comida con la sangre del niño sacrificado, y si no había bastante sangre, sacrificaban uno o varios niños más.

---

(26) Véase el santuario de Tlaloc en la ilustración de la «Relación breve» (fig. 8).

Al terminar la fiesta dejaban una compañía de cien soldados en el santuario de Tlaloc para guardar todas aquellas ricas ofrendas, dado que los enemigos de los mexicanos —los de Huexotzinco y Tlaxcala— siempre trataban de robarlas. Los soldados se quedaban allí hasta que todas las comidas y plumas se pudrían con la humedad. Las demás ofrendas que no eran perecederas, las enterraban allí, y el templo se cerraba hasta el año siguiente, pues no contaba con sacerdotes que viviesen allí continuamente.

Después de las ceremonias, los nobles asistían a banquetes en los pueblos cercanos. Acabados estos, descendían apresuradamente a la laguna para participar en las ceremonias que allí empezaban.

*La fiesta en la laguna (Pantitlan).*

Algunos días antes de la fiesta, los sacerdotes y muchachos del calmecac buscaban el árbol más alto y bello que podían hallar en el cerro de Colhuacan, y lo llevaban a la ciudad en una procesión con gran regocijo, cantos y bailes. Tenían mucho cuidado para no estropearle ninguna rama. En el patio del Templo Mayor, enfrente a la pirámide de Tlaloc, hacían un bosque pequeño de matas y ramas, en medio del cual plantaban el árbol; le llamaban «Tota» («nuestro padre»). Alrededor de él ponían cuatro árboles pequeños, «quedando él como padre de los demás». Entre estos y el «tota» ataban cuatro sogas de paja que tenían muchas borlas colgadas de trecho en trecho. Se decía que estas sogas se llamaban «nezhualmecatl», («soga de penitencia») y que simbolizaban la penitencia y aspereza de la vida que hacían aquellos que servían a los dioses. Este árbol está representado en la ilustración de Durán (fig. 16).

En este bosque, los sacerdotes y muchachos del templo hacían muchas ceremonias y juegos y bailes en diferentes disfraces. Durán indica que ésta era su fiesta principal, «casi a la manera que los estudiantes celebran la fiesta de San Nicolás». Estas ceremonias tenían lugar en la mañana de la fiesta o incluso en los días anteriores (en este punto Durán no explica bien la secuencia de las ceremonias).

El día de la fiesta los sacerdotes se vestían con sus atavíos más festivos y sacaban una niña de siete u ocho años, que era vestida de azul y que representaba la laguna, las fuentes y los ríos (27); en la cabeza llevaba una guirnalda de cuero colorado y, al final, una lazada con una borla azul de plumas. Metían a la niña en una especie de tienda tapada por todas partes para que no la viera nadie, y la sentaban en el bosque debajo del gran árbol, con la cara vuelta hacia donde el ídolo estaba. Los sacerdotes se sentaban alrededor de ella tocando los tambores y cantando himnos a los dioses. Permanecían allí hasta que llegaba la noticia de que los señores habían terminado las ceremonias en el monte y bajaban ya hacia la laguna.

En seguida los sacerdotes salían con la niña y el árbol hacia la laguna. Embarcaban a la niña en una canoa, ponían el árbol en una balsa, y acompañados por mucha gente del pueblo, y con música y cantos, los llevaban al lugar del remolino en medio de la laguna (Pantitlan). Al mismo tiempo que ellos llegaban a este lugar, llegaban los señores de la otra parte de la laguna a su vuelta del monte. Los sacerdotes cogían el árbol Tota y lo hincaban en el cieno, junto al ojo de agua. Después degollaban a la niña dentro de su tienda, arrojaban su cuerpo en el sumidero y rociaban la sangre en el agua.

Después del sacrificio, los reyes y nobles arrojaban ofrendas de joyas y piedras preciosas en el remolino. Al terminar las ofrendas, cesaba el tañer y cantar y las canoas volvían en silencio absoluto a la ciudad. El árbol se dejaba allí hincado hasta que se pudría. Durán recuerda haber visto personalmente en este sitio los troncos de muchos árboles ya muy viejos, hincados en el agua. También cuenta por experiencia personal, que el remolino podía ser muy peligroso; de repente se levantaban allí tempestades y vientos, «y es que muchas veces se embravece y alborota en aquel lugar sin hacer viento, y hierbe allí el agua y echa espuma... Hoy en día, los que navegan esta laguna, huyen de aquel lugar y no osan pasar por él, acordándose de los muchos naufragios que antigua-

---

(27) Según parece, esta niña representaba a Chalchiuhtlicue.

mente tenían los que por allí pasaban y aún por las muchas desgracias que de noche suceden en aquel lugar, ahogándose algunos» (p. 90). Estas observaciones hacen comprender por qué el Pantitlan era un lugar de culto tan importante.

Durán ha conservado la descripción más detallada que tenemos de los sacrificios de niños a los Tlaloques. Se basó en la información de testigos oculares: según «afirman los que dan esta relación, como hombres que lo vieron...» (p. 84). En esta descripción tenemos un complemento realmente valioso al material de Sahagún.

Además Durán menciona que «...los labradores y serranos hacían ceremonias en las sementeras y en los ríos y fuentes» (p. 89), lo que parece ser una referencia a la fiesta de la diosa del maíz que se celebraba en el mismo mes. Mientras que Durán sólo menciona brevemente las ceremonias en las sementeras y el ofrecimiento de cañas de maíz en el templo, Sahagún dedica todo el capítulo sobre el mes a estas ceremonias; parece que la fiesta principal de Uey tozoztli era dedicada a la diosa del maíz, mientras que las ceremonias a los Tlaloques se desarrollaban de manera paralela en el mismo día.

Se observa una cierta diferenciación social en cuanto a la participación en las ceremonias de Uey tozoztli: solamente los nobles asistían a la fiesta del cerro, mientras que los sacerdotes tenían una relación particular con la fiesta de la laguna (las ceremonias con el árbol Tota, etc.). Por otra parte, los labradores y la gente común parecen haber sido los principales participantes en las ceremonias con el maíz.

#### *Sacrificios de niños a Iztac Ciuatl.*

Durán menciona que se hacía una fiesta particular a la diosa de la Sierra Nevada, Iztac Ciuatl: delante de su estatua en el Templo Mayor de Tenochtitlan se sacrificaba la representante de la diosa; ésta se puede ver en la ilustración 26 de Durán. En la misma fiesta se llevaban dos niños y dos niñas, metidos en unas tiendas, al santuario de Iztac Ciuatl, en el mismo cerro donde se les sacrificaba. Los nobles y principales asistían a esta fiesta que duraba dos días. Según Durán,

las ceremonias eran las mismas que en la fiesta del cerro Tlalocan; desgraciadamente, no indica en qué mes se hacía este sacrificio (I/A, 17, p. 160).

2.—*La fiesta de VI-Etzalcualiztli.*

En esta época ya habían caído aguas abundantes y el maíz estaba a punto de granar (Motolinía, 1967, p. 45). Sahagún da una descripción extensa de Etzalcualiztli, la fiesta de la «comida de manjar de frijoles» (CF, II, pp. 74-85; HG, II, 25, pp. 161-71). Debido a que la descripción de Sahagún confunde por su enorme diversidad de detalles, hemos tratado de sistematizar el relato y encontrar un orden en la secuencia de las ceremonias. Las preparaciones rituales empezaban diez días antes de la fiesta principal (28).

1.—*Día 10 del mes: Se recogen juncos en Citlaltepec.*

El día 10 del mes, los sacerdotes (tlamacazque) iban a una fuente cerca del pueblo de Citlaltepec (29), que se llamaba Temilco o Tepexic Oztoc, donde crecían unos juncos muy grandes y hermosos (aztapillin o tolmimilli). Los sacerdotes arrancaban estos juncos, los juntaban en haces, los envolvían en sus mantas y volvían cargados con ellos al templo, donde hacían con ellos esteras y asientos.

Cuando los sacerdotes iban a buscar estos juncos y cuando volvían con ellos, no se dejaba ver nadie por el camino, porque este día los sacerdotes tenían el derecho de despojar a quien encontraban en su camino de cualquier cosa que llevase, incluso de los tributos para el rey; y «Motecuhzoma no se enojó por esto. Porque ellos (que robaron) eran penitentes; él les tenía veneración; les temía porque eran sacerdotes, porque hacían penitencia y llevaban ofrendas ante (los dioses)» (CF, II, p. 75). Si las víctimas del robo se defendían, los sacer-

(28) Las fiestas principales caían siempre en el último día del mes (véase Broda, 1969, p. 33).

(29) Este pueblo estaba situado a unos 37 kilómetros de distancia en línea recta al norte de Tenochtitlan, al borde del lago de Xaltocan.

dotes se cebaban en ellas cruelmente, maltratándoles con golpes y arrastrándoles por el suelo (30).

II.—Días 11-14 del mes:

«Ayuno de Tlaloc» (*netlalocazualiztli*) de 4 días.

En la misma noche se reunían todos los sacerdotes en el calmecac y empezaban un ayuno de cuatro días, llamado *netlalocazualiztli*, «ayuno de Tlaloc». Los que participaban en él eran los *tamacaztequihuaque*, los *tamacazcayaque*, los *tamacazque cuicanime*, los *tamacazteicahuan* y los *tamacaztoton* (31). La gente común también ayunaba en estos días y esparcía juncos en sus casas (CF, II, p. 165); asimismo el rey participaba en el ayuno de Tlaloc (HG, II, Ap. IV, p. 252).

*Ceremonia con cuatro bolillas de maíz.*

Los sacerdotes tendían alrededor de los fuegos las esteras de junco anteriormente mencionadas (*aztapilpetlatl*). El sacerdote del fuego (*tlenamacac*) salía vestido con una chaqueta sin mangas de tela pintada (*xicolli*); en el brazo izquierdo se ponía un manípulo y una talega de copal, y con la mano derecha llevaba un incensario. Se dirigía al centro del patio e incensaba hacia las cuatro direcciones. Después ofrecía delante del fuego cuatro bolillas de masa de maíz (*uentelolotli*), puestas sobre un petate de juncos. Tenía mucho cuidado para que no rodaran ni se movieran, porque si esto

---

(30) Este tipo de «derecho de robar» bajo ciertas condiciones rituales existía en muchas culturas antiguas; también se encuentra en el folklore germánico.

(31) *Tamacaztequihuaque*: los sacerdotes-guerreros que habían hecho a tres o cuatro cautivos, «estos, aunque no residían continuamente en el cu, en algunos tiempos señalados acudían a sus oficios al cu».

*Tamacazcayaque*: los que habían cautivado un hombre en la guerra, «...tampoco residían siempre en ...los cues, mas acudían en los tiempos señalados a sus oficios».

*Tamacazque cuicanime*: los cantores y los que tocaban los tambores, «estos siempre residían en los cues, porque aún ninguna hazaña habían hecho en la guerra».

*Tamacazteicahuan*: los ministros menores y *tamacaztoton*, los ministros jóvenes o novicios (HG II, 25, p. 162).

sucedía, los otros sacerdotes le apresaban y le castigaban. Al terminar su ofrenda, el tlenamacac se retiraba al calmecac.

Los otros sacerdotes hacían entonces la misma ofrenda y se vigilaban entre sí para ver cómo cada uno ponía sus bolillas. Estaban también atentos a que nadie llevara sobre la cabeza o en su manta una tela de araña u otra cosa impropia, y a que ninguno cayera o resbalara. Los que infringían estas normas eran apresados para ser castigados al final de la fiesta. Esta ceremonia se hacía durante los cuatro días del ayuno, al final de los cuales los sacerdotes viejos (32) recibían las bolillas que se habían ofrecido.

*Autosacrificios de sangre a media noche.*

En todos los ayunos de cuatro días, los sacerdotes se levantaban una hora antes de la media noche. Después de haber tocado sus trompetas de concha, se desnudaban y se hacían sangrar, dándose cortes en las orejas con puntas de maguey. Con la sangre untaban las puntas de maguey y su propio cuerpo: «cada uno ensangrentaba tantas puntas de maguey según tenía la devoción, hasta cinco o más».

*Baño ritual en la laguna.*

Después, los sacerdotes iban a bañarse. Salían en procesión, tocando sus trompetas de concha y llevando sus taleguillas de tabaco sobre los hombros (yiequachtli). Entre ellos iba el tlenamacac con su incensario, su talega de copal y su punta de maguey. Delante de todos iba un sacerdote viejo (quacuilli) que llevaba a hombros el ayochicauztli, «la tabla de sonajas de niebla» o el naualecuauitl, «el báculo del hechicero», que era una tabla larga con sonajas intercaladas que resonaban al andar el que la llevaba a hombros. Según lo indicaban los dos nombres, era un instrumento mágico para evo-

---

(32) Quacuilli, «rapado de la cabeza» (SA, 1956, t. 4, vocabulario, p. 329). Quaquacuiltin: «los que traían las caras teñidas de negro, trasquilados, salvo en la corona de la cabeza que tenía los cabellos largos» (HG II, 25, p. 163).



car la lluvia y la fertilidad; posiblemente simbolizaba los truenos de Tlaloc (33).

Los sacerdotes se dirigían hacia la laguna, al lugar donde estaban los cuatro ayauhcallis, edificados según los cuatro puntos cardinales; cada uno de los cuatro días los sacerdotes entraban en un ayauhcalli diferente. Se sentaban en el suelo, temblando de frío. Entonces, el chalchihquacuilli («el sacerdote viejo del chalehiuitl») les hablaba, diciendo que este era el «lugar de las serpientes airadas, de los mosquitos, de los patos y de los juncos blancos». Al oír estas palabras, todos se arrojaban a la laguna, chapoteaban en el agua con los pies y las manos y formaban gran ruido, imitando los gritos de las aves acuáticas. En el lugar donde se bañaban había unos varales hincados en el agua (cuenmantli), es decir, que era un lugar sagrado de los Tlaloques. Parece que a través de este extraño comportamiento querían conseguir la abundancia de las aves acuáticas en un acto de magia por analogía. En este sentido, esta ceremonia recuerda a los ritos de caza con la finalidad de preservar la abundancia de los animales de caza, tal como se hacían en la fiesta de Quecholli.

Después de este baño, los sacerdotes volvían al templo tocando sus trompetas de concha. Llegados al calmecac, se acostaban sobre las esteras de junco y se cubrían con sus mantas para dormir. Estaban muertos de frío, ya que habían ido al baño desnudos. Descansaban hasta el medio día, pero no podían dormir bien debido al frío que tenían.

#### *Ejercicios rituales en el templo.*

A medio día el tlenamacac se ataviaba e iba incensando todos los templos e ídolos; delante de él iban los quaquacuiltlin. Después todos iban a comer; sentados en corrillos

---

(33) Además del ayochicauaztli, se utilizaban palos de sonajas (chicauaztli) en muchos otros ritos; eran atributo típico de los dioses de la lluvia, del agua, de la tierra y del maíz. Según Seler, chicauaztli significa «algo que da o produce energía creadora» e implica una inherente fuerza mágica («wodurch etwas kräftig gemacht wird», GA II, p. 1073; Schultze-Jena, 1950, p. 261: «Kraft-Gebendes»). Sonajas son instrumentos relacionados con ritos de fertilidad en todo el mundo.

en el suelo, comían varios tipos de salsas (molli). Tenían mucho cuidado de no derramar ni una gota de éstas. Los que infringían estas normas, eran apresados y castigados.

Después de comer, los sacerdotes iban a cortar unos ramos de laurel silvestre (acxoyatl) o cañas verdes de maíz (CF, II, p. 78). Los llevaban al templo y hacían pequeños haces con ellos. Después «en haciéndoles (la) señal que esperaban, arrancaban todos juntos con sus ramos y cañas, con prisa muy diligente, y cada uno iba derecho al lugar donde había de poner sus ramos, y si alguno erraba el puesto donde había de poner las cañas o quedaba atrás de sus compañeros y no llegaba juntamente con los otros al poner las cañas, penábanle, había de pagar una gallina, o un maxtli, o una manta, y los pobres, pagaban una bola de masa en una jícara puesta; estas penas eran para el acusador, estas penas se pagaban en los cuatro días, porque en el quinto día, ninguno se podía redimir, sino que había de ser castigado» (HG, op. cit. p. 166).

### III.—Día 15: *La fiesta del maíz tierno (xilotl)*.

Este día toda la gente preparaba en sus casas la comida llamada «etzalli» que se hacía de maíz cocido con frijoles; algunos invitaban a sus amigos para comerlo en sus casas. Durán explica el nombre de la fiesta como «el día en que se permite comer etzalli». En esta época habían ya caído aguas abundantes y las mazorcas eran bastante grandes. Debido a que el año ofrecía buenas perspectivas, se daba permiso general para comer «etzalli»: «Y para que sepamos la causa, es de saber que comer maíz y frijol todo junto hecho un manjar, para los indios es costoso (y porque en mi niñez lo comí muchas veces; ... es una comida tan sabrosa y tan deseada para ellos...), y no todos lo alcanzan para poderlo hacer, y más si tienen hambre: sacar un puño de frijol para comer es sacarle un puño de pestañas. Y así, si comían maíz, no comían frijol; si comían frijol, no comían maíz, contemporizando con el tiempo. Pero llegado este día, no habiendo esterilidad, sino año fértil, daban licencia (con la fiesta) de comer de todo junto, denotando abundancia» (I/B, 9, p. 259). Durán cree

recordar incluso que quien comía «etzalli» antes de esta fecha, era castigado con la muerte.

*Procesiones  
de limosneros pidiendo etzalli  
(etzalmaceoaliztli).*

Mientras que los guerreros se entretenían este día bailando, algunos hombres del pueblo «tomaban espadañas con que el templo estaba enramado y hacían de las hojas de ellas unos cercos redondos, como ... anteojos, y poníanselos en los ojos...» (Durán, I/B, 9, p. 261). En una mano cogían una caña verde de maíz y en la otra una olla de asa (xocucolli). Ataviados de esta manera, andaban de casa en casa en grupos de cinco, seis o siete hombres. Entraban en los patios y bailaban y cantaban el siguiente refrán :

«Lo hago, lo hago (Dame) un poco de tu «etzalli».  
Si no me lo darás, te agujerearé tu casa». (CF, II, p. 79).

El dueño de la casa les echaba un poco de etzalli en sus ollas. Esta ceremonia se llamaba «el baile de etzalli» (etzalmaceoaliztli) y duraba desde la media noche hasta el amanecer. En el capítulo sobre los edificios del Templo Mayor, Sahagún menciona también que en todas las casas la gente bailaba con cañas secas de maíz en las manos el «baile de etzalli» (CF, II, p. 165).

Motolinía también se refiere muy brevemente a las mismas ceremonias: «En esta fiesta cuecen maíz, y los muchachos andan por las calles, y dánles aquel maíz, y peleaban en el agua unos con otros» (1967, p. 45).

Aunque los cronistas no lo afirman explícitamente, estos limosneros eran los representantes del dios Tlaloc (34). Sus atavíos, sobre todo los anteojos, los identifican como tales. Estas procesiones de limosneros, personificando al dios de

---

(34) Durán y Tovar describen solamente este aspecto de la fiesta de Etzalcualiztli, pero sin darse cuenta de que estas ceremonias estaban relacionadas con el dios Tlaloc. Sahagún tampoco identifica los limosneros con los representantes de Tlaloc.

la lluvia, pertenecían a los ritos de fertilidad. Otra procesión similar se hacía en la fiesta de Tlacaxipeualiztli, cuando representantes del dios Xipe iban vestidos con las pieles desolladas de las víctimas, pidiendo limosnas (véase Broda, 1970, pp. 220-28). Este tipo de procesiones de limosneros es un fenómeno conocido de ritos en todo el mundo, entre ellos en las regiones alpinas de Europa Central (35). Generalmente están relacionadas con el culto de la fertilidad: se supone que los limosneros traen prosperidad a la casa del que les da limosna.

El Calendario de Tovar corrobora esta interpretación: «... en estos días, los labradores habían ya labrado la tierra y salían en el hábito que aquí está pintado (véase fig. 9) ...

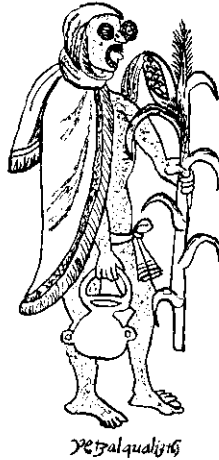


Fig. 9. Etzalcualiztli. Calendario de Tovar.

diciendo al pueblo que pues por los labradores gozarían de tal semilla de pan como el maíz cuya insignia traían, que era razón se lo gratificasen y así todos les echaban en las ollas muchas cosas de comida, especialmente de esta de frijoles y maíz, ... y así todos se holgaban estos días porque en ellos

(35) En el estudio del folklore germánico, existe un término técnico para estas procesiones de limosneros: «Heischegänge».

descansaban después de haber labrado y cultivado la tierra» (Kubler y Gibson, 1951, p. 25).

Durán menciona otra ceremonia que encaja muy bien en este contexto. Los labradores tomaban sus utensilios de labranza y en sus casas hacían con ellas ciertas ceremonias «en pago de lo que en las sementeras y caminos les habían ayudado». Les hacían ofrendas de «etzalli», pulque e incienso; esta ceremonia se llamaba «el descanso de instrumentos serviles» (I/B, 9, p. 260).

Después de comer el «etzalli», toda la gente iba a lavarse en los ríos y fuentes; también lavaban sus utensilios de labranza. Creían que si no lo hacían, serían víctimas de Apizteotl, «el dios del hambre». Estos lavatorios rituales ciertamente estaban relacionados con los Tlaloques. En otro lugar Durán señala que las abluciones eran ritos de purificación (I/A, 19, p. 172) (36).

*Castigo de los transgresores en la laguna.*

El día de la fiesta, al amanecer, se castigaba a aquellos sacerdotes que habían infringido las normas del «ayuno de Tlaloc». Para esto se ataviaba el tlenamacac con las insignias de Tlaloc: la chaqueta sin mangas y encima una manta fina pintada, llamada ayauhquemítl, «la manta de niebla»; sobre los hombros y en la nuca se ponía el tlaquechpaníotl y el amacuexpalli, una especie de abanico de papel plegado, atributo típico de Tlaloc. Su frente estaba pintada de azul. Llevaba una talega de incienso (yiatatztl) hecha de piel de ocelote y bordada con unos caracolutos blancos, que iban sonando al chocar los unos con los otros; la talega estaba llena de hierbas olorosas (HG, II, 25, p. 166).

Un sacerdote viejo (quacuilli) llevaba sobre los hombros el ayochicauaztlí, «la tabla de sonajas de niebla». Otros sacerdotes (tlamacazque) llevaban en brazos unas figuritas llamadas «ulteteo», «dioses de ulli» y unos pedazos de copal en

---

(36) La aspersión con agua se empleaba en los bautizos y casamientos; también lavaban los cuerpos de los muertos antes de ataviarlos para el entierro o la cremación.

forma piramidal llamados «copalteteo», «dioses de copal»; estas imágenes tenían unas plumas de quetzal clavadas en las puntas (quetzalmiahuayo) (CF, II, p. 80).

Los sacerdotes salían del templo tocando sus flautas. En esta procesión llevaban a los transgresores del ayuno a un lugar en la orilla de la laguna llamado Totecco (37). Los llevaban como a presos, cogidos por el cuello, el cabello o los brazos, los maltrataban dándoles puñetazos y los empujaban echándolos a todas las charcas que encontraban en el camino.

En Totecco, los sacerdotes del fuego (tlenamacaque) quemaban los ulteteo y copalteteo e incensaban en las cuatro direcciones. Después cogían a los culpables, y uno tras del otro los arrojaban al agua, causando gran estruendo. Los que sabían nadar, se escapaban por debajo del agua y salían más lejos, pero los que no sabían, eran sacados del agua sin sentido y casi muertos. Sus parientes y amigos acudían para cuidarse de ellos, llevándolos a sus casas para que se recuperasen (véase fig. 20).

*IV.—Días 16-20 del mes: Ayuno de cuatro días (netlacazualiztli).*

Los sacerdotes se volvían por el mismo camino que habían venido, tocando sus caracolas. En el calmecac sacaban otra vez sus esteras de junco (aztapilpetlatl), esparcían juncos por el suelo, y empezaban otro ayuno de cuatro días llamado «netlacazualiztli» (ayuno a medias) (HG, t. 4, vocabulario, p. 345), o «ayuno diurno» (CF, p. 81). En este ayuno no se castigaba más a los transgresores ni se comía una sola vez al día. Durante estos días, los sacerdotes preparaban los atavíos que necesitaban para el día de la fiesta: el tlaquechpaniotsl y el amacuexpalli; además iban al mercado a comprar las talegas de incienso y unos collares de madera.

---

(37) En Totecco, «en nuestro Señor», había (un templo o adoratorio con) una estatua de piedra del dios (Xipe) Totec. En la fiesta de Tlaxipeualiztli se hacían en este lugar luchas ficticias entre los representantes del dios (los xipeme) y un grupo de guerreros; véase Broda, 1970, p. 225.

V.—Día 20: *Fiesta principal.*

*Ceremonia con los cuatro chalchiuhtes.*

Al amanecer, todos los sacerdotes (no solamente los tlenamacaque) se ponían los abanicos de papel plegado en los hombros y la nuca (tlaquechpaniotl, amacuexpalli). Se pintaban los cuerpos y la frente de color azul y la cara con la «pintura de Uixtociuatl» (con representación de olas de agua). Todos llevaban sus talegas de incienso; mientras que los tlenamacaque tenían unas talegas hechas de piel de ocelote y bordadas con caracolillos blancos (cuechiataztli), los sacerdotes menores las tenían solamente de papel pintado como piel de ocelote. Algunas talegas tenían también la forma de aves acuáticas.

Los sacerdotes se colocaban en orden. Delante de todos iba el sacerdote supremo de Tlaloc, el Tlalocan tlenamacac, con su tocado de plumas de quetzal y de garza (quetzalaztat-zontli), su chaqueta de niebla (ayauhxicol), su cara untada de negro con ulli derretido y su máscara de lluvia o «máscara de Tlaloc» (quiiauhxaiac, tlalocaxaiac); los cabellos le llegaban hasta la cintura. Los otros sacerdotes le seguían en procesión hasta el templo de Tlaloc, mientras cantaban himnos a los dioses. Al llegar a este lugar, el Tlalocan tlenamacac esparcía juncos blancos, hojas de cacto y hierbas aromáticas, y colocaba encima de unas esteras de junco cuatro chalchiuhtes redondos. Entonces tomaba un bastón azul, «tocaba a cada una de las bolillas, y en tocándolas, hacía un ademán como retrayendo la mano, y daba la vuelta, y luego iba a tocar la otra y hacía lo mismo, y así tocaba a todas cuatro, con sus voltezuelas» (HG, op. cit., p. 169). Hecho esto, echaba incienso (yauhtli) sobre las esteras, y hacía sonar su tabla de sonajas (ayochicauaztli), levantándola en alto como ofrenda a los dioses. Terminada esta ceremonia, todos los sacerdotes volvían al calmecac, se quitaban sus atavíos y esperaban la llegada de la noche y culminación de la fiesta.

*Sacrificio de los Tlaloques.*

Los cautivos que habían sido elegidos como representantes

vivos de los dioses de la lluvia (imixiptlacan tlaloque) pasaban la primera mitad de la noche en vela, mientras que los sacerdotes cantaban, tocaban los teponaztles, flautas y caracolas y hacían sonar las sonajas.

A media noche (yoallixeliui) se hacían los sacrificios en lo alto del templo de Tlaloc. Primero se sacrificaban los cautivos, ya que estos servían como «fundamento» para las otras víctimas que representaban a los Tlaloques y que «se iban a sentar sobre los que primero habían muerto» (HG, op. cit., p. 170). Se hacía el sacrificio ordinario de sacarles el corazón. En el capítulo sobre los edificios del Templo Mayor, Sahagún también menciona que en Etzalcualiztli se sacrificaban «los Tlaloques» en el templo de Tlaloc (CF, II, p. 165). Pero por lo demás, no especifica nada sobre estos representantes de los Tlaloques, que evidentemente no eran niños, sino adultos.

En los Memoriales de Motolinía, encontramos una información que parece referirse a estos mismos representantes de los dioses. Motolinía dice que unos veinte o treinta días antes de la fiesta «compraban un esclavo y una esclava y hacíanlos morar juntos como casados, y llegado el día de Etzalcualiztli, vestían al esclavo con las ropas e insignias de Tlaloc, y a la esclava de las ropas e insignias de su mujer Chalchiuhtlicue, y bailaban así todo aquel día hasta la media noche que los sacrificaban. A estos no los comían, sino echábanlos en una hoya como un silo, que para esto tenían» (1967, p. 61).

Según esta interesante descripción, los representantes de Tlaloc y de Chalchiuhtlicue eran las principales víctimas en esta fiesta (parecen ser los «Tlaloques» mencionados por Sahagún). La representación viva de los dioses por sus víctimas, que se hacía generalmente unos veinte o cuarenta días antes de una fiesta (hasta un año entero en el caso de Tezcatlipoca para la fiesta de Toxcatl), es el fenómeno más interesante del ritual azteca. Mientras que un estudio superficial de las fiestas revela solamente pocos fenómenos de este tipo, dado que las referencias en Sahagún, Durán y otros autores son muchas veces poco explícitas, un análisis más profundo demuestra que prácticamente en todas las fiestas había repre-



sentantes de uno o de varios dioses (38). En el caso de los sacrificios de niños hemos mostrado que los niños eran la personificación viva de los cerros y de la laguna.

No está claro si además de Tlaloc y Chalchiuhtlicue se sacrificaban otros representantes de los tlaloques en Etzalcualiztli. En otra parte de los Memoriales, Motolinía dice que se mataban diez o veinte hombres en honor de Tlaloc (1967, p. 45); posiblemente se refiere a los cautivos que servían como «fundamento» para los Tlaloques (Tlaloc y Chalchiuhtlicue).

En la «Relación Breve», Sahagún se refiere también al sacrificio de Tlaloc. Según este texto los muchachos de los *telpochcallis* (?) (*telpopochtli*) hacían una procesión o un baile en la víspera de la fiesta, en el cual llevaban unos pájaros (vivos?) atados a unos palos: «se hacían volar pájaros» (véase fig. 10) (39). Toda la noche bailaban en honor de Tlaloc. Antes del amanecer se sacrificaba el representante del dios. Después iban otra vez en procesión alrededor del templo: «con esto se decía «se acompaña a Tlaloc a casa». El cuerpo del representante de Tlaloc se enterraba en una cueva.

En cuanto a la ilustración de la «Relación Breve» no podemos hacer más que sugerir una interpretación: las tres figuras en el centro se pueden identificar con el representante de Tlaloc y dos sacerdotes; estas tres figuras junto con las tres

---

(38) El término nahuatl para los representantes de los dioses era «ixiptla(tl), teixiptla», «imagen, semejanza, representante, símbolo (de un dios)» (Schultze-Jena, 1950, p. 289). Aquí hemos utilizado preferentemente la expresión «representante del dios», ya que la víctima «representaba el papel del dios»; los cronistas también utilizaban esta expresión. No obstante, esta expresa algo menos de su significado, pues las víctimas eran consideradas como la personificación misma de los dioses. En el texto nahuatl, los representantes son mencionados muchas veces sólo por el nombre de los dioses. La traducción inglesa de «ixiptla» (*impersonator*) es una expresión más apropiada. Por otra parte, «ixiptla» también se podía referir a un ídolo de piedra o madera (de un dios o de un muerto). Esto es muy interesante, ya que demuestra que los representantes vivos y las imágenes de piedra o madera se equiparaban ambos como símbolos de la deidad.

(39) Aunque esta ceremonia está representada en la ilustración de la «Relación breve», su significado es oscuro (SA, 1948, p. 299).

mujeres a la derecha podrían ser una alusión al baile en honor de Tlaloc, que se hacía en la noche antes del sacrificio. A la derecha abajo se ve el sacrificio del representante del dios. La figura dentro del cerro posiblemente es el bulto mortuorio del representante de Tlaloc (su cadáver se depositaba en una cueva). La figura en el fondo del agua podría representar el castigo de los transgresores del ayuno.

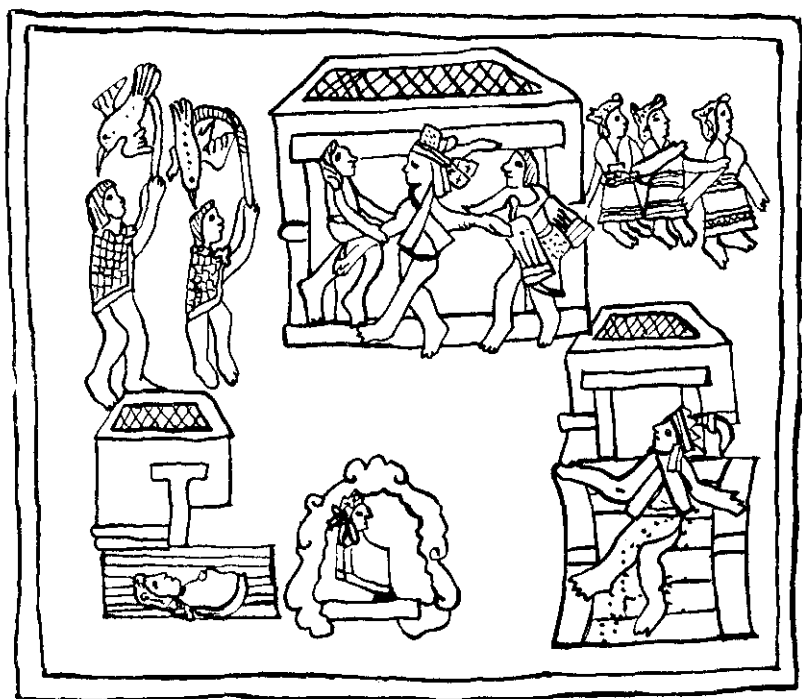


Fig. 10. Etzalcualiztli. Códice Matritense: «Relación Breve...».

Volvamos a la descripción de la fiesta de Sahagún: durante el sacrificio de los Tlaloques, los sacerdotes quemaban ofrendas de papel, plumas preciosas y chalchiuhtes. Los corazones de las víctimas eran recogidos en una vasija azul, que estaba teñida con ulli en cuatro partes y cubierta de papeles salpicados con ulli; se llamaba «la vasija de nubes» (mixcomitl). Durante el sacrificio, todos los espectadores (la gente

común) tenían en las manos flores de ajeno (iztauhyatl), que agitaban ante sus caras y las de sus niños. Decían que con esto alejaban los gusanos, para que no entrasen en los ojos causando la enfermedad de los ojos llamada ixocuilooaliztli.

*Corazones y teteuitl se llevan al Pantitlan.*

Terminado el sacrificio, cuando todavía era de noche, los sacerdotes (tlamacazque) bajaban de lo alto del templo. En sus manos llevaban las ofrendas siguientes: las tiras sagradas salpicadas con ulli (teteuitl), las «mantas de cara de nubes» (tilmatli aiavixo), los chalchihutes, las plumas de quetzal, los ídolos de copal (copalteteo) y la vasija de nubes llena de corazones. Con estas ofrendas se dirigían hacia la orilla del lago, a un lugar llamado Tetamazolco, donde embarcaban en una canoa grande que tenía los remos pintados de azul y go-teados con ulli. Comenzaban a remar con gran vigor hacia Pantitlan, el remolino en medio de la laguna, y entraban con la canoa por entre los maderos (cuenmantli) que estaban hincados en cerco alrededor del remolino (véase figs. 20 y 21). Mientras que los sacerdotes empezaban a tocar sus caracolas, se levantaba el tlenamacac en la proa de la canoa, cogía la vasija de nubes llena de corazones y la arrojaba en medio del remolino; esta caía provocando olas y espuma; el agua se alborotaba y saltaba embravecida. Después ataban las tiras sagradas a los maderos (cuenmantli) y colgaban algunos chalchihutes en ellas. Otros chalchihutes los esparcían sobre la superficie del agua.

Cuando ya iban de vuelta y pasaban otra vez entre los maderos, el tlenamacac ponía cuatro teteuitl en un incensario y los encendía. Mientras ardían, levantaba el incensario como ofrenda hacia el remolino y lo arrojaba al agua. Después volvían a Tetamazolco. Al salir de la canoa todos se bañaban. Era el momento del amanecer.

Los sacerdotes iban a los lugares donde tenían costumbre de bañarse, y se quitaban el color azul de la frente. Los transgresores del ayuno, que se habían escondido durante todos estos días para evitar el castigo, eran identificados en este momento (cuando los otros se limpiaban las manchas azules),

y arrojados al agua. Finalmente, los sacerdotes sacaban las esteras de junco y las tiraban del calmecac.

*Ceremonias a Chalchiuhtlicue.*

Esta diosa era representada viva durante la fiesta de Etzalcualiztli según indica Motolinía (véase fig.s 17 y 19). Sahagún no lo menciona en su descripción de la fiesta en el Libro II, en cambio se refiere brevemente a estas ceremonias en el capítulo sobre la diosa en el Libro I (40). En el Templo de Tlaloc se hacía una imagen de la diosa (ixiptla), partiendo de un armazón de madera al que se ponían los atavíos de la diosa. Los sacerdotes del fuego (tlenamacaque) le hacían ofrendas, haciendo sonar el ayochicauaztli, y los ancianos del calpulli (calpulleque) cantaban en su honor. Incluso el rey venía este día a rendir honores a la diosa; le ofrecía incienso y decapitaba una codorniz ante su imagen. A través de esto, «el señor ganaba la lluvia; hacía penitencia para su pueblo».

Ante esta imagen se sacrificaba una representante de la diosa, una esclava que había sido comprada por el grupo de gente cuya actividad estaba relacionada con el agua (de la laguna), o que vivían en canoas, etc. (41). Este gremio profesional daba culto a la representante de la diosa, haciéndole ofrendas. Se decía que al morir esta víctima iba al Tlalocan.

Sahagún menciona entre los diferentes sacerdotes el Chalchiuhtlicue Acatonalquacuilli («el sacerdote rapado de Chalchiuhtlicue Acatonal, signo caña»), que tenía la función de preparar las ofrendas e insignias para «la que representaba a Chalchiuhtlicue cuando moría: la falda de tejido de ramas de ocote, la falda color de agua y todo el papel, el copal, el ulli» (1958/1, p. 107).

Parece que esta representante de Chalchiuhtlicue y la que

---

(40) CF I, 11, pp. 21-22. Los detalles de esta descripción faltan en la HG.

(41) Entre las fiestas móviles Sahagún menciona una fiesta que este mismo gremio profesional hacía a su patrona en el día Ce Atl: «... componían su imagen y la ofrecían y reverenciaban en la casa llamada calpulli» (HG II, 19, p. 137). Parece que en esta ocasión se hacía la imagen de la diosa de la misma manera que en la fiesta de Etzalcualiztli.

se sacrificaba junto con Tlaloc en la fiesta principal, eran la misma. Las breves referencias de Sahagún nos dejan entrever que de manera paralela con las principales ceremonias de Etzalcualiztli se hacían otras ceremonias a Chalchiuhtlicue; éstas últimas eran sin duda más complejas de lo que menciona Sahagún. A este respecto, Durán añade nuevos detalles al describir unas ceremonias que se hacían a Chalchiuhtlicue en los barrios (42): «este día los sacerdotes de los barrios iban a las sementeras de su calpulli y sacaban de cada sementera una brazada de cañas de maíz con las mazorcas. Después las llevaban a las encrucijadas de las calles, donde había en medio unos sumideros llamados momoztli, 'lugar de culto'» (43). Los sacerdotes ponían las cañas de maíz hincadas en las encrucijadas, de manera que formaban una cruz alrededor de los humilladeros. En todos los barrios las mujeres iban a ofrecer allí unas tortillas hechas de xilotl (de maíz tierno). Estas tortillas se ofrecían como primicias a la diosa Chalchiuhtlicue. Las mujeres también daban algunas tortillas a los sacerdotes, mientras que las ofrendas se dejaban en el momoztli hasta que se pudrían; estaba prohibido quitarlas del altar. En este día, la gente bailaba, cantaba y hacía banquetes en el barrio (I/A, 19, p. 172).

Esta descripción es muy interesante, ya que arroja luz sobre el culto de los barrios. Desgraciadamente, Sahagún recopiló poca información sobre este aspecto importante del ritual. Durán es el autor que más escribió sobre ceremonias y costumbres populares.

El sacrificio de Chalchiuhtlicue en Etzalcualiztli estaba relacionado con las fiestas de los dos meses siguientes, en los que se sacrificaban representantes de las diosas Uixtociuatl y Xilonen respectivamente. Chalchiuhtlicue-Uixtociuatl y Xilonen (Chicomecoatl), eran adoradas juntas, «porque se decía que estas tres diosas mantenían a la gente popular». Mientras

---

(42) Aunque Durán no habla de la representante de la diosa en el texto, ésta se puede ver en la ilustración (fig. 17).

(43) Durán I, vocabulario, p. 311. Según Garibay, «momoztli» era un altar bajo, de piedra, de adobe o de tierra aplanada (SA, 1956, t. 4, vocabulario, p. 344).

que Uixtociuatl era otra hermana de los Tlaloques, Xilonen estaba relacionada con estos a través de su función como diosa de la fertilidad. Aunque la fiesta de Xilonen en VIII Uey tecuilhuitl tenía varios elementos en común con las fiestas de los Tlaloques, predominaban en ella sus características propias; era una fiesta importante de la diosa del maíz, y Sahagún y Durán la describen ampliamente.

Por otra parte, VII-Tecuilhuitontli era una fiesta de menor importancia; la descripción de Sahagún es breve y otros cronistas hacen solamente referencia a ceremonias que hacían los nobles en este mes, principalmente en relación con las flores que crecían ya abundantemente en esta época (Durán I/B, 10, p. 263; Kubler y Gibson, 1951, p. 26). Según Sahagún, los salineros celebraban en este mes una fiesta a la diosa de la sal, Uixtociuatl, en la que se sacrificaba una representante de esta. Las ceremonias de Tecuilhuitontli se parecían mucho a aquellas de Chalchiuhtlicue en Etzalcualiztli: ambas eran fiestas de gremios profesionales; estos proporcionaban la representante de la diosa; las circunstancias del sacrificio de las dos diosas eran similares; y los sacerdotes de Uixtociuatl llevaban varias insignias de los dioses de la lluvia.

*La fiesta de VII-Tecuilhuitontli (44).*

Durante diez días «se cantaba como mujer» (ciuapan cui-caoya) (45). Antes de la puesta del sol se reunían todas las personas que trataban con sal —viejas, mujeres y muchachas—; llevaban ajenjos (iztauhyatl) en la cabeza, y cantaban en falsete, imitando el canto del pájaro centzontli. Los hombres viejos (ueuetque) y los capulueuetque, dirigían el baile. Uixtociuatl iba en medio del baile, haciendo girar su escudo en un círculo y dando golpes fuertes contra el suelo con su bordón de junco (oztopilin), «iba marcando el ritmo del baile». Un viejo iba delante de ella llevando en las manos un enorme tocado de plumas (uixtopetlacotl, «el plumaje espléndido de

(44) CF II, pp. 86-90; HG II, 26, pp. 171-74; SA, 1948, p. 300.

(45) No está claro si estos diez días caían en la primera o la segunda mitad del mes; lo más probable es que cayeran en la segunda.

Uixtociuatl»). Estos bailes se repetían durante diez días desde la puesta del sol hasta la media noche.

La última noche todos bailaban sin descansar, entre ellos la representante de la diosa y los cautivos que iban a morir con ella. Al amanecer, los sacerdotes (tlamacazque), que se llamaban «uixtotin» en esta fiesta, se ataviaban para el sacrificio: se ponían la pintura facial de los uixtotin y sobre los hombros y en la nuca una especie de abanico de papel plegado (tlaquechpaniotl, amacuexpalli, las insignias características de Tlaloc). Su tocado consistía de garra y plumón de águila y plumas de quetzal; como este tocado pesaba mucho para llevarlo, se lo apoyaban en unos palos fijados en el cinturón (46).

Todos los que asistían a la fiesta como espectadores, llevaban en las manos unas flores amarillas (iztauhyatl, «ajenjo» y cempoalxochitl, «tagetes erecta»); se decía que «los que cantaban como mujer eran 'los ajensos florido (de Uixtociuatl)» (SA, 1948, p. 300).

Al amanecer, Uixtociuatl y los cautivos eran llevados al Templo de Tlaloc. Primero se sacrificaban los cautivos que servían como «fundamento» para Uixtociuatl. Una vez colocada encima de la piedra de sacrificio, los sacerdotes apretaban hacia abajo el cuello de Uixtociuatl con el hocico de un pez espada; al abrir el pecho, debido a la posición tersa del cuerpo, la sangre salía con gran ímpetu, como si fuera una fuente. Su corazón se levantaba como ofrenda (al sol) y se ponía después en el chalchiuhxicalli, «la vasija de chalchiuh-tes». En este momento, los sacerdotes tocaban las caracolas. Era la hora del amanecer.

Los salineros celebraban esta fiesta con banquetes en sus casas. Los viejos y las viejas se emborrachaban con pulque. Esa noche se dormían todos tumbados por el suelo. Al día siguiente se bebían el pulque que quedaba, y los que habían reñido durante la borrachera, tomaban el pulque juntos y se reconciliaban.

---

(46) Este tocado no pertenecía a los atavíos de Tlaloc, en cambio, lo llevaba el tlenamacac cuando sacrificaba a Xilonen en la fiesta de Uey tecuilhuitl.

## 3.—Las fiestas de los montes:

(A) XIII-Tepeilhuitl. Sahagún (47).

«En este mes hacían fiesta a honra de los montes eminentes, que están por todas estas comarcas de esta Nueva España, donde se arman nublados; hacían las imágenes en figura humana a cada uno de ellos...» (HG, II, 13, p. 125). Las imágenes de los montes (ixiptla tepetl) se hacían de masa de tzoalli (48). Algunas imágenes de los montes se hacían en memoria de aquellos hombres que habían muerto ahogados o heridos por un rayo.

*tepeilhuitl*

Fig. 11. Tepeilhuitl. Calendario de Tovar.

Además de éstas, la gente hacía otras figuras cubiertas de tzoalli (49): unas serpientes de palo o de raíces con las cabe-

(47) Tepeilhuitl, «la fiesta del cerro». CF II, pp. 121-23; HG II, 32, pp. 199-201).

(48) Tzoalli o tzoahualli era una masa hecha de bledos (huauhtli, michihuauhtli) mezclada con maíz y con miel negra, que se hacía muy dura (Durán, I/A, p. 156); se utilizaba en muchos ritos para elaborar figuras o imágenes de los dioses, al final de las fiestas, éstas eran hechas pedazos y repartidos entre los espectadores que se las comían como una cosa sagrada (teoqualo). Form. verbal: «es comido dios».

(49) Ya que el texto nahuatl no es bastante explícito a este respecto,



zas talladas en forma de culebra, unos rollos largos de tzoalli que llamaban «huesos» (yomio) y que ponían delante de las imágenes de los montes, y por último, «unas imágenes fundidas sobre unos palos gruesos hechos a manera de niños que llamaban ecatotonti» (HG, II, pp. 125, 199). Torquemada especifica algo más esta misma información:... «hacían de trozuelos pequeños unas figurillas a manera de las muñecas, que acostumbran las niñas en nuestra nación española, las cuales llamaban ecatotonti...» (I, II, p. 279). Estas últimas figurillas son las más interesantes, ya que parece tratarse de una representación de los ecatotonti, los pequeños servidores del dios del viento, Eecatl, que tenían su morada en las montañas.

En la víspera de la fiesta, a la puesta del sol, la gente iba a la laguna, al lugar donde estaba el ayauhcalli, y se bañaba allí (50). Por el camino, iban tocando pitos de barro cocido y caracolas. Al volver a sus casas, ya de noche, la gente hacía las imágenes de los cerros, «les daba forma humana». Les ponía cabezas, delineando sus caras con gotas de ulli y poniéndoles unas tortillas pequeñas de tzoalli como mejillas. Las cubrían con unas tiras de papel salpicadas de ulli (amateteuitl) y les ponían unos gorros de papel con penachos de plumas de garza (aztatzontli). En la ilustración del Calendario de Tovar (fig. 11) la imagen lleva además el abanico de papel plegado (tlaquechpaniotl) en la nuca. Las imágenes de los cerros de la «Relación Breve» llevan la «espiga de quetzal» (quetzalmiahuayo) en vez del aztatzontli (fig. 12). En

---

ni la versión de Sahagún ni la traducción moderna de Anderson y Dibble explican bien cuantas figuras se hacían realmente.

(50) Scler, 1927, p. 190. Este párrafo también se puede traducir de otra manera; según Anderson y Dibble la gente lavaba las imágenes de los cerros (CF II, p. 121), mientras que según Sahagún lavaba las csteras (HG II, 32, p. 200). Nos parece más lógico que los hombres se lavaran a sí mismos, tal como hacían también en las otras fiestas de los dioses de la lluvia. Durán menciona para esta fiesta unos lavatorios rituales: antes de amanecer toda la gente iba a bañarse en los ríos, «lo cual servía de lavar los pecados... que entre año habían cometido». Creían que si no se lavaban, estos dioses les enviarían enfermedades contagiosas como la sarna (las bubas), la lepra o la parálisis (I/A, 16, p. 156).

ambas ilustraciones se pueden ver las fauces del cerro deificado, que recuerdan a las fauces del mismo dios Tlaloc.

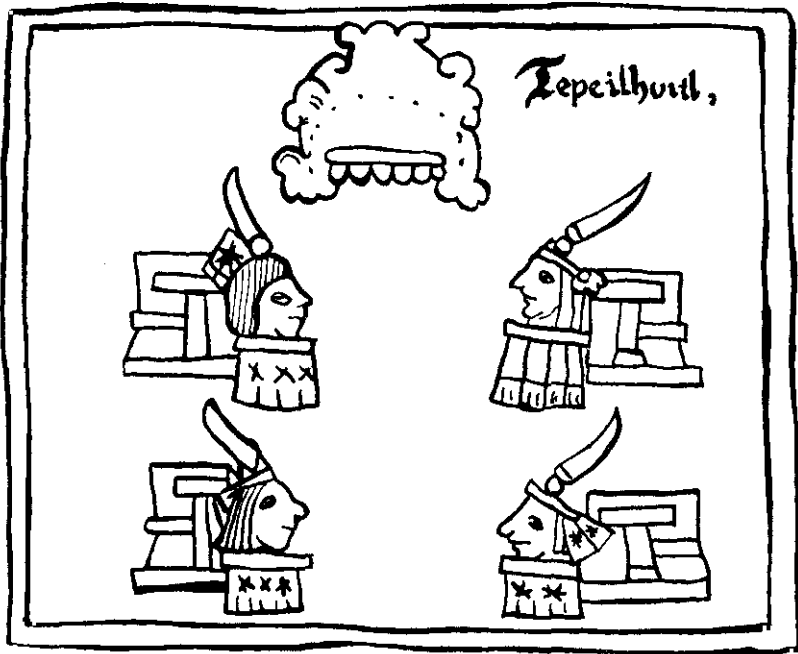


Fig. 12. Tepeilhuitl. Códice Matritense: «Relación Breve...».

Antes del amanecer, la gente colocaba las imágenes en su casa encima de unas esteras de junco. Les ofrecían incienso y tamales, salsas y carne. Esta ceremonia se llamaba «(las imágenes) se asientan en las casas» (calonoac). La gente-rica además cantaba y bebía pulque en honor de las imágenes. El hecho de que la gente bebiera pulque en esta ocasión parece haber tenido más importancia de lo que indica Sahagún; la borrachera era un elemento importante en las fiestas de los montes.

Al amanecer (51), se hacía en todas las casas la ceremonia

(51) CF II, p. 123. Aquí el texto implica que los aztecas contaban el día desde el amanecer; hemos inferido que se hacía esta ceremonia en

llamada texinilo, «(las imágenes) se hacen pedazos»; después, la gente subía los pedazos al tejado de su casa y los ponía a secarse al sol. Los pedazos secos se guardaban durante mucho tiempo y cada día la gente comía un poco de ellos.

Finalmente, la gente tomaba los atavíos de papel con que las imágenes habían sido aderezadas, y los colgaba de las vigas del templo del calpulli (52); con ellos hacían ciertas ceremonias durante el año siguiente. Al final del año llevaban los papeles al ayauhcalli y los dejaban allí.

El mismo día de la fiesta se sacrificaban cinco víctimas, tres mujeres que representaban los montes (ixiptla tepetl): se llamaban Tepexoch, Matlalcueye y Xochtecatl (53); una mujer llamada Mayauel que representaba el maguey (ixiptla metl) y un hombre llamado Milnauatl que representaba una serpiente (ixiptla coatl) (54). Todos estaban adornados con unos gorros y atavíos de papel salpicado con ulli.

Antes del amanecer (?) se hacía una procesión solemne llamada «paseo de literas»; varias mujeres ricamente ataviadas llevaban a los representantes de los dioses en unas literas, mientras iban cantando por el camino. Llegada la hora del sacrificio (al amanecer ?), eran sacrificadas en lo alto del templo de Tlaloc; después, los cuerpos eran descendidos con mucho cuidado y llevados al tzompantli, donde se cortaban las cabezas de las víctimas después de todos los sacrificios.

---

la misma mañana, después de las otras ceremonias, aunque también es posible que se hiciera en la mañana del día siguiente.

(52) CF II, p. 123. Según la versión de Sahagún, la gente colgaba los papeles de las vigas del oratorio que tenía en su casa (HG II, 22, p. 201).

(53) Matlalcueye se identificaba con la Sierra de Tlaxcala (llamada actualmente La Malinche) y era una variante tlaxcalteca de la diosa Chalchiuhtlicue. Resulta más difícil identificar a Tepexoch y Xochtecatl: en el actual estado de Morelos, al Sur de Cuernavaca, hay un cerro llamado Xochitepec, que es la inversión del nombre Tepexoch, «flor del cerro»; según la «Historia de los Mexicanos» (cap. 5), Tepexoch era uno de los cuatro hombres que volvieron a levantar el cielo que se había caído. Xoch(i)tecatl, es el habitante de Xochitlan, «entre flores»; según Torquemada, ésta era una diosa relacionada con Xochiquetzal.

(54) Mayauel era la diosa del maguey y del pulque. Milnauatl, «el cercano a la milpla (HG, t. 4, vocabulario, p. 343); podría tratarse del «genio de la sementera». La serpiente a la que representa era un animal íntimamente asociado con Tlaloc.

Los cuerpos eran llevados a los templos de los barrios («de donde las víctimas habían salido») (55).

La referencia a la fiesta que encontramos en los «Memoriales» de Motolinía es sorprendente por su exactitud: «...mataban tres mujeres y un hombre y comían la carne... ofrecían tamales y unas culebras hechas de semilla, y los enfermos de las bubas las comían para sanar» (1967, p. 46; véase abajo). Durán describe ampliamente las ceremonias de Tepeilhuitl en su capítulo sobre el volcán Popocatepetl y otros cerros (I/A, 18, pp. 163-68) y en el capítulo sobre el mes en el Libro del Calendario (I/B, 16, p. 279). Debido a que su descripción difiere considerablemente de la de Sahagún, la hemos resumido independientemente.

#### Descripción de la fiesta según Durán:

Según Durán, esta fiesta se hacía a Tlaloc y Chalchiuhlicue, así como al volcán Popocatepetl, a la Sierra Nevada (Iztac Ciuatl) y a los demás montes principales de la tierra. En sus casas, la gente hacía imágenes de los cerros de tzoalli, poniéndoles caras con los ojos y la boca (véase fig. 18). En medio ponían la imagen del Popocatepetl y alrededor de él muchos cerrillos con los nombres siguientes: Tlaloc, Chicomcoatl, Iztepetl, Matlalcueye, Chalchiuhlicue y Ciuaocoatl. Durante dos días les ofrecían mazorcas de maíz fresco y comida, les incensaban y hacían muchas ceremonias con ellas. Además hacían figuras de arbolillos, de los cuales colgaban unas hierbas llamadas pachtli (56); la misma hierba se colgaba en los muros de los templos y se esparcía por el suelo en lugar de juncos. En las cumbres de los montes se encendían

---

(55) HG II, 32, p. 201; CF II, p. 123. En cuanto a la información que los cuerpos se repartían a los barrios después del sacrificio, parece más bien que el informante se haya equivocado, ya que los cadáveres de las víctimas de los Tlaloques generalmente eran depositados en el sótano del ayauhcalli o del santuario en el monte, y no se comían como las víctimas de otros dioses.

(56) Pachtli: *Tillantia* sp. Durán lo llama «mal de ojo» y explica que es «una hierba parda que nace y se cuelga en los montes de las ramas de los árboles de encinos y robles, como cordelejos asidos los unos con los otros (I/B, 16, p. 280). Del nombre de esta planta se derivaba el otro nombre del mes, «Uey pachtli».

en esta fiesta grandes hogueras y se quemaba mucho copal (incienso).

El segundo día, las imágenes se adornaban con unos gorros y atavíos de papel pintado con ulli. Después, la gente los «mataba» solemnemente, degollándolos como a víctimas humanas, y finalmente, se comía la masa «como a cosa divina» (teoqualo). Creían que los bubosos, tullidos, mancos y cojos sanaban de sus enfermedades si comían de esta masa. Para estos enfermos los sacerdotes hacían unas culebras a base de unas ramas retorcidas que cubrían con tzoalli, poniéndoles ojos y boca; se llamaban coatzintli, «cosa retuerta a manera de culebra (en la ilustración de Durán el símbolo del mes es una serpiente retorcida; 1967, I, ilustr. núm. 47). Con estas culebras se hacían las mismas ceremonias que con las imágenes de los montes, y se mataban finalmente de la misma manera. Los enfermos que las recibían tenían la obligación de dar semilla para hacer la masa en la fiesta del año siguiente.

Durán hace la afirmación, no muy clara, de que esta fiesta se celebraba cada año en un cerro diferente: «...y así había hacer fiestas en cada cerro, andando la rueda para que cada cerro fuese honrado y la comida divina que se había comido de los cerros de masa de este cerro, la iban otro año a comer en el otro, siéndoles vedado y de precepto que un año tras otro no se pudiese hacer la tal solemnidad en un mismo cerro» (I/A, p. 167). Es difícil interpretar estas líneas, ya que ni Sahagún ni Durán describen para este mes ceremonias que se hicieran en un cerro (como por ejemplo las que describe Durán para Uey tozotli). Posiblemente, se hacían también sacrificios de niños en los montes; Durán menciona que «sacrificaban algunos niños este día y algunos esclavos» (I/A, p. 165), aunque no da ningún otro detalle.

Debemos a Durán una información muy interesante sobre la celebración de esta fiesta en otras regiones de México Central. Según Durán ésta se celebraba en todos los lugares del país donde había montañas altas. Mientras que en México las ceremonias se hacían principalmente al volcán Popocatepetl, en Tlaxcala se hacían a Matlalcueye («la del faldellín azul») y al Tlapaltecatl («señor de cosa de muchos colores»). La

gente de los pueblos de la comarca como Tepeaca, Atlixco, Cuahquechola, acudía a la fiesta con ofrendas y sacrificios humanos. En Cholula, la fiesta era dedicada al Tlachihualtepetl («Cerro hecho a mano»), del cual la gente creía que los gigantes lo habían construido para subir al cielo. Al Sur del Popocatepetl, en la comarca de Tetella, Ocuituco, Temoac y Tzacualpan, la gente adoraba al cerro Teocuicano («el cantor divino»); se llamaba así porque las nubes se engendraban en su cumbre y de ellas salían tempestades con grandes truenos y relámpagos. Se hacían muchas ofrendas y sacrificios. En este cerro había un ayauhcalli con un ídolo verde de la talla de un niño de ocho años, que era tan valioso que los de Huexotzinco, Cuahquechola y Atlixco quisieron robarlo, dando lugar a guerras entre ellos y los aztecas. Al llegar los españoles, los indios enterraron esta estatua en el monte.

*Ceremonia del esparcimiento del maíz  
y sacrificio de  
las dos doncellas: (Durán).*

En el capítulo sobre el mes XIII en el Libro del Calendario, Durán hace referencia a esta ceremonia, describiéndola con más detalle en el Libro de los Ritos (57). Se escogían dos doncellas, «la una mayor que la otra, principales, de la línea de reyes y generación de un gran príncipe que se llama Tezcacoatl... las más hermosas que había en aquella línea». El día de la fiesta los sacerdotes y los nobles bailaban delante de ellas, vistiendo unas camisas cortas y unos faldellines pintados de corazones y manos, y con unas jícaras grandes en las manos.

Mientras el baile continuaba, las dos doncellas eran llevadas en procesión hasta la piedra del sacrificio (quauhxicalli).

---

(57) Durán utiliza el otro nombre del mes, «Uey pachtli». En el «Libro de los Ritos» Durán trata de los dos meses XII Pachtontli y XIII Uey pachtli como unidad, describiéndolos en el capítulo sobre la diosa Xochiquetzal. Para XII Pachtontli describe el Xochilhuitl, la fiesta de la diosa Xochiquetzal, pero al mismo tiempo menciona la fiesta Tcotleco que se celebraba independientemente de las ceremonias a Xochiquetzal en el mismo mes. Para XIII Uey pachtli describe más ceremonias a Xochiquetzal, y además, el sacrificio de las dos doncellas. Este capítulo es muy confuso y difícil de interpretar (I/A, 16, pp. 151-58).

Cuatro sacerdotes las subían encima de la piedra. Estos sacerdotes llevaban cuatro jícaras que contenían maíz blanco, maíz negro, maíz amarillo y maíz morado respectivamente. El sacerdote que traía el maíz negro se ponía delante de las dos muchachas. Estas tomaban maíz, y «como quien siembra, vueltas hacia el monte, lo derramaban. Lo mismo hacían con los otros géneros de maíz, derramando el maíz blanco hacia las sembradas de los llanos, el maíz amarillo hacia la laguna, y el morado hacia las tierras de riego (amilpan). Cuando se había derramado todo el maíz, la gente acudía con gran prisa a coger los granos del suelo y los guardaba con mucho cuidado y los sembraba para tener semilla de aquel maíz bendito» (I/A, 16, p. 154).

Entre tanto los señores y sacerdotes seguían bailando; en medio de ellos estaba un sacerdote parado que alzaba en sus manos un cuchillo grande de sacrificio envuelto en un paño; ese cuchillo se utilizaba sólo para este sacrificio. Llegada la hora, las dos doncellas eran sacrificadas de la manera ordinaria (sacándoles el corazón), excepto que no se les ponía encima de la piedra con las manos abiertas como a las otras víctimas, sino que les cruzaban las piernas para expresar que morían como vírgenes. Sus cuerpos eran llevados al ayauhcalli y depositados en el sótano que tenía este.

Esta información interesante no tiene correspondencia en Sahagún. Aunque Durán no dice que el sacrificio estuviera relacionado con los dioses de la lluvia, varios elementos lo implican. Una costumbre típica en relación con los Tlaloques era el depositar los cadáveres en el sótano del ayauhcalli. El esparcimiento del maíz simbolizaba la siembra, en lo que era, según parece, un rito de magia por analogía. Esta ceremonia recuerda al mito sobre el maíz de cuatro colores que fue robado de los Tlaloques por Nanauatl («Historia de los Reynos»). Probablemente existía un mito propio para explicar el sacrificio de estas doncellas: eran de familia noble y «de la línea y generación de un gran príncipe que se llamó Tezcacoatl». Esta referencia poco clara de Durán puede significar que eran descendientes de un noble de este nombre, o más bien, que procedían de un calpulli de este nombre. Según indica Tezozomoc en la «Crónica Mexicayotl», Tezcacoac fue

uno de los barrios primitivos de Tenochtitlan (1949, p. 32). En el estudio de A. Caso, Tezcacoac figura igualmente entre los barrios antiguos de Tenochtitlan (1956, p. 44).

*Sacrificio de Xochiquetzal.*

Según Durán, se hacían además ceremonias a Xochiquetzal, la patrona de las tejedoras y de los plateros, pintores y entalladores. Se sacrificaba una representante de la diosa; después del sacrificio un sacerdote vestía la piel desollada de la víctima y se sentaba al pie de las gradas del templo fingiendo que tejía, mientras que los oficiales mencionados bailaban en disfraces de animales, llevando en las manos las insignias de su oficio (I/A, 16, p. 155; véase nota 57). Debido a que este capítulo de Durán es muy confuso, no está claro si estas ceremonias se hacían realmente en este mes o quizás en el mes anterior (en que se celebraba la fiesta Xochiluhitl a la misma diosa).

Xochiquetzal, «la pluma de flores», era una diosa con un carácter complejo; tenía atribuciones de la fertilidad, de las flores y del amor, así como asociaciones lunares y terrestres. Algunas veces se la identificaba con Tonacaciuatl. En la mitología aparece como mujer de Cinteotl, de Piltzintecutli o de Tlaloc (58). Según Diego Muñoz Camargo, Xochiquetzal, la mujer de Tlaloc, fue raptada por Tezcatlipoca, el guerrero joven, que la llevó al noveno cielo, convirtiéndola en la diosa del amor. En esta última función, Xochiquetzal era la patrona de las auianime, las compañeras de los guerreros jóvenes del telpochcalli, así como de las mujeres embarazadas (Seler, GA, II, p. 1032 f.). Además era la patrona del tejer y bordar, según subraya Durán, y se le atribuía la invención de estas artes.

Xochiquetzal era la diosa principal de los tlalhuicas que vivían en el sur del Valle de México, cerca de Cuernavaca. Según el Códice Magliabecchi (XIII, 3, fol. 40, verso) estas

---

(58) Interpretación al Códice Vaticano A (núm. 3.738, fol. 31, verso); «Historia de los Mexicanos», Diego Muñoz Camargo, «Historia de Tlaxcala», cap. 19.



tribus le celebraban una fiesta en el mes Tepeilhuitl, en que hacían emborracharse a los niños y niñas de diez años. En el Códice Aubin este mes está representado por Xochiquetzal frente a una pareja bebiendo pulque (Seler, GA, I, p. 150). Según el Códice Telleriano-Remensis, los matlatzincas del Valle de Toluca le hacían ceremonias en el mes Thaxiqui, que correspondía a XIII Tepeilhuitl (Kubler y Gibson, 1951, p. 31). Por otra parte, Torquemada menciona que los tlaxcaltecas hacían una fiesta a las diosas Xochiquetzal y Xochitecatl en el mes XIV Quecholli y «les sacrificaban muchas doncellas en memoria de los amores»; ésta era la fiesta de las auianime y las maqui, las mujeres que acompañaban al ejército a la guerra (L. X., 35, p. 299). Es de notar que Xochitecatl era el nombre de una de las mujeres representando cerros que se sacrificaban en la fiesta de Tepeilhuitl.

Las ceremonias a Xochiquetzal encajan muy bien en el marco de la fiesta de los Tlaloques en Tepeilhuitl. En la ilustración del Calendario de Tovar, se ve además del cerro, la cabeza de una mujer que parece ser Xochiquetzal (véase fig. 11). Entre varias poblaciones vecinas, el mes estaba dedicado a la diosa. Xochiquetzal estaba relacionada con los Tlaloques. Además, existía un vínculo incluso más estrecho entre ella y los dioses del pulque, que también jugaban un papel en esta fiesta. Xochiquetzal y los Centzon Totochtin eran patronos de la embriaguez y relacionados con la luna. Habría que estudiar más detenidamente todas las ceremonias en relación con Xochiquetzal y el carácter complejo de esta diosa.

*Sacrificio de los dioses del pulque (Sahagún).*

En la fiesta de Tepeilhuitl se sacrificaban además numerosos representantes de los dioses del pulque. Sahagún no menciona estos sacrificios en su descripción de la fiesta; las referencias a ellos se encuentran esparcidas en el Apéndice sobre los «Edificios del Templo Mayor» y en el texto sobre los «Sacerdotes de los dioses».

Mayauel, la diosa del maguey y del pulque, y sus 400 hijos, los Centzon Totochtin, formaban el segundo grupo im-

portante de las deidades de la vegetación después de las diosas del maíz. El pulque y la borrachera simbolizaban la abundancia y la fertilidad. Los dioses del pulque eran generalmente deidades locales, patronos de pueblos concretos. En este aspecto se parecen a los Tlaloques que también eran dioses locales con un nombre genérico y una función básica de fertilidad. Existía una relación tan íntima entre los dioses del pulque y los Tlaloques, que algunos de ellos son mencionados en los dos grupos. En sus atavíos, los dioses del pulque también tenían varios elementos en común con los Tlaloques. Según indica Sahagún, cada dios del pulque tenía su sacerdote, cuyo oficio consistía en preparar los atavíos que llevaba el representante del dios en el día de su sacrificio; estos sacerdotes llevaban los mismos nombres de los dioses.

De todos los dioses del pulque mencionados por Sahagún, la mayoría eran sacrificados en la fiesta de Tepeilhuitl (están marcados por una (T)); para algunos otros, Sahagún indica que se sacrificaban de manera aislada en otras fiestas; en cuanto al resto, no sabemos nada sobre su sacrificio:

Ometochtli (T o Atlcaualo), Patecatl (59), Tezcatzoncatl, Yiahtecatl, Acolhua (T), Thilhoa (T), Izquitecatl, Toltecatl (T o Quecholli), Papaztac (T), Tlaltecaioa, Tepoztecatl (T), Chimalpanecatl, Colhoatzincatl, Macuilotchtli, Quatlapanqui (Panquetzaliztli), Yauhqueme (T), Tomiyauh (T), Nappatecutli (T) (HG, I, 22, p. 75; SA, 1958/1, pp. 93, 95, 97, 107).

En el Apéndice sobre los edificios del Templo Mayor, Sahagún especifica dos lugares donde se hacían algunos de estos sacrificios:

Ometochtli moría en Tochinco.

Tepoztecatl, Totoltecatl y Papaztac morían en el templo de los Centzon Totochtin durante el día (CF. II, pp. 167, 173).

---

(59) -Tecatli significa «el que pertenece a un lugar concreto».

De estos dioses, Yauhqueme, Tomiyauhtecutli y Nappatecutli llevaban los atavíos de los dioses de la lluvia, es decir, que eran Tlaloques (SA, 1958/1, pp. 131, 139, 141). Yauhqueme, «el vestido de yauhtli», era el nombre de un cerro donde se hacían sacrificios de niños en la fiesta de I Quauitleua. Nappatecutli, «el señor de las cuatro direcciones», se sacrificaba en Nappatecco durante la noche (CF, II, p. 176). Este dios era uno de los Tlaloques y patrono del calpulli de los petlachiuhque o fabricantes de esteras de junco; se le atribuía la invención de este arte. En la fiesta, el representante de Nappatecutli rociaba la gente con agua que llevaba en una jícara verde. Durante todo el año se mantenía un representante del dios que vivía en el templo del barrio y al que llamaban los petlachiuhque para que bailara en las fiestas que hacían al dios en sus casas (CF, I, 20, p. 45).

Además en Tepeilhuitl se sacrificaba el representante del dios *Opochtli*, «el izquierdo» (SA, 1958/1, p. 103), que era otro de los Tlaloques y patrono de la gente que vivía al borde del agua; se le atribuía la invención de los utensilios para pescar y las armas para cazar aves acuáticas. En la fiesta a este dios, la gente le ofrecía comida, pulque, cañas de maíz, flores, tabaco, incienso y hierbas olorosas. Se hacía sonar el chicauaztli. Los ancianos de su calpulli (calpulleque) cantaban en su honor (CF, I, 17, p. 37).

Finalmente, se menciona para este mes el sacrificio de Tzapotlacatl, «la diosa de Tzapotlan de los de Chalco» (SA, 1958/1, p. 107); ésta parece haber sido la misma que Tzapotlatenan, «la madre de Tzapotlan», una diosa de la región de Chalco. A esta diosa se le atribuía la invención del uxitl, un aceite sacado de la resina del pino que se utilizaba para curar la sarna, las bubas, las grietas de la piel, etc. Tzapotlatenan era la patrona de la gente que hacía y vendía este aceite. Este gremio profesional celebraba su fiesta con el sacrificio de varios esclavos; parece que proveían también la representante de la diosa. Además se hacía una imagen de ella (ixiptla) de masa de tzoalli. Los ancianos (de su calpulli ?), cantaban y tocaban los instrumentos en su honor (CF, I, 9, p. 17). Estas ceremonias recuerdan a las que se hacían en Etzalcualiztli con la imagen de Chalchiuhtlicue. Los atavíos de la

diosa (un gorro de papeles salpicados con ulli, el quetzalmiahuayo, el ayochicauaztli) así como su relación con la sarna, las hubas, etc., establecen una relación estrecha entre ella y los Tlaloques.

La descripción de estos últimos sacrificios nos da información interesantísima sobre el culto de los barrios; este se desarrollaba de manera paralela con las grandes ceremonias en el Templo Mayor. Parece que muchos de estos dioses secundarios, que figuran entre los dioses del pulque así como los Tlaloques, eran patronos de calpullis o gremios profesionales. Un tema muy interesante de investigación es la relación que existía entre los calpullis, los gremios profesionales, y sus patronos.

(B) XVI-Atemoztli: La fiesta del «descendimiento del agua».

Sahagún explica que en este mes empezaban a darse tempestades «y las primeras aguas en los montes». Por esto la gente decía «el agua baja» o «los Tlaloques descienden» (CF, II, p. 139; HG, II, 35, p. 214). Según Tovar, la gente tomaba los aguaceros de esta época como señal de que el dios Tlaloc les recordaba que debían rendirle culto (Kubler y Gibson, 1951, p. 33). En la ilustración del Calendario de Tovar (fig.



Fig. 13. Atemoztli. Calendario de Tovar.

13) Tlaloc está representado con sus insignias típicas; con su mano derecha está rociando agua de un jarro; en la mano izquierda tiene el coatopilli (en forma de una serpiente azul), que es otro atributo del dios (60). En la ilustración de Durán se ve un niño bajando del cielo; éste simbolizaba el agua: «... y así quisieron algunos interpretar que esta fiesta se encaminaba y dirigía para empezar a pedir agua para la primavera» (I/B, 19, p. 287, ilus. núm. 50).

En este mes el Tlalocan tlenamacac hacía un rito mágico para atraer la lluvia. En cuanto se oían truenos y parecía que iba a llover, el tlenamacac cogía su incensario y echaba incienso (yauhtli) sobre las brasas. Este incensario era como una cuchara grande agujereada, llena de brasas, y tenía un mango largo y hueco, lleno de sonajas; el extremo del mango tenía la forma de la cabeza de una culebra. El tlenamacac levantaba el incensario en las cuatro direcciones, mientras movía el mango con las sonajas, haciéndolas sonar. Esto lo hacía en los patios de todos los templos: «... con estos ritos demandaban y esperaban la lluvia» (CF, II, p. 139).

#### *Sacrificio de niños.*

Según indican Motolinía y la «Relación Breve», los sacrificios de niños empezaban de nuevo en el mes de Atemoztli. Motolinía dice que se ofrecían un niño y una niña en medio de la laguna (Pantitlan) y se llevaban las «tiras sagradas» a los santuarios en los montes (1967, p. 64). La «Relación Breve» parece referirse a estos mismos hechos: «... y en todas partes sobre los cerros se hacían sacrificios (de niños) («nex-tlaualoia»; véase nota 24), por lo cual se decía que nuevamente bajaban los Tlaloques» (1948, p. 313). Estas dos referencias son muy importantes, ya que prueban que se iniciaba el ciclo de sacrificios de niños en este mes. Además, encontramos en la «Relación Breve» un indicio de que estos sacrificios

---

(60) Además, se ve en la ilustración la cabeza de una mujer, posiblemente de Chalchiuhtlicue; en lo alto se ve una ofrenda de teteuitl. La representación de una mano con un manojo de hierba parece referirse a ofrendas de hierba en este ms. (Kubler y Gibson, 1951, p. 33).

se hacían al amanecer, como los demás sacrificios a los Tlaloques: «... a la aurora, cuando morían los tepictoton, era cuando se hacían sacrificios (de niños: nextlualoia)» (SA, 1948, p. 313).

*Ceremonias con las imágenes de tzoalli (tepictoton) (61).*

Durante el año alguna gente había hecho voto de ofrecer las imágenes de los cerros en esta fiesta; las imágenes se llamaban tepictoton, «figuritas modeladas» (véase fig. 14). En el Libro I Sahagún añade que los hombres que hacían este



Fig. 14. Tepictoton. Códice Matritense: «Atavíos de los Dioses».

voto padecían de enfermedades del frío o habían escapado al peligro de ahogarse; las imágenes de los dioses que se prometían hacer eran las siguientes: Eecatl-Quetzalcoatl, Chalchihuitlicue, Tlaloc, el Popocatepetl, el Iztac tepetl (Iztac

(61) CF II, 35, pp. 139-42; HG II, 35, pp. 214-16; véase también el capítulo sobre los tepictoton en el L. I. CF I, 21, pp. 47-49; HG I, 21, pp. 72-75.

Ciuatl), el Poiauhotecatl y «otros cualesquiera montes a quienes se inclinaban por su devoción» (L. I.). Alguna gente hacía cinco imágenes de tzoalli, otros hacían diez y otros quince. En el Libro II, Sahagún menciona que se hacían además las imágenes de los cerros siguientes (en casi todos ellos se hacían sacrificios de niños en Atlcaualo (A): del Yoaltecatl (A), Quauhtepetl (A), Cocotl (A), Yiauhqueme (A), Tepetzintli (A), Tepepolli, Uixachtecatl (62); además se hacían imágenes del dios del fuego y de Chicomecoatl.

Cinco días antes de la fiesta (el día 15 del mes), la gente compraba todas las cosas necesarias para hacer las imágenes: el papel, el ulli, la fibra de maguey y los cuchillos de obsidiana. Durante estos días hacían penitencia y no se lavaban la cabeza. En la noche antes de la fiesta, la gente hacía las imágenes de masa de tzoalli, poniéndoles dientes de pepitas de calabaza y ojos de frijoles negros. Se decía que «a media noche nacían los tepictoton». Según la «Relación Breve», las imágenes se hacían solamente en las casas de los ricos (SA, 1948, p. 313). Al mismo tiempo, la gente preparaba en las casas las «tiras sagradas» (teteuitl), fijándolas en unos palos grandes («desde abajo hasta arriba a manera de bandera»); estos palos se hincaban en el patio de las casas (L. II).

Hasta ese momento los tepictoton no tenían atavíos; éstos eran traídos la misma noche por los sacerdotes (tlamacazque), cuyo oficio era preparar los atavíos y ponérselos a las imágenes, «colocándolas en las casas». Les ponían a cada imagen los atavíos del dios que representaba. Los sacerdotes, los dueños de las casas, su familia y los invitados pasaban la noche velando ante los tepictoton. Los sacerdotes cantaban y tocaban música en honor de las imágenes. Cuatro veces se hacían ofrendas de comida a las figuritas (véase figs. 15 y 22). A cada una se le daba unos tamales pequeños, un poco de chocolate líquido y un poco de pulque de calabaza (aiocitli) en unas tazas de calabazas verdes (chalchiuh tecomatl). Los invitados comían también cuatro veces. (Durán también menciona

---

(62) Uixachtecatl: «el cerro de la estrella», donde se hacía la fiesta del Fuego Nuevo cada 52 años.

este velatorio y dice que se llamaba *ixtozotli*, «estar en vela o alerta») (I/B, p. 288).

Al amanecer, se «sacrificaban» las imágenes como si fueran víctimas humanas. Se les degollaba con el cuchillo de tejer (*tzotzopatzli*) y se les sacaba el corazón, que también se les había puesto; este corazón era ofrecido al que había hecho la imagen, y después era puesto en una jícara verde.

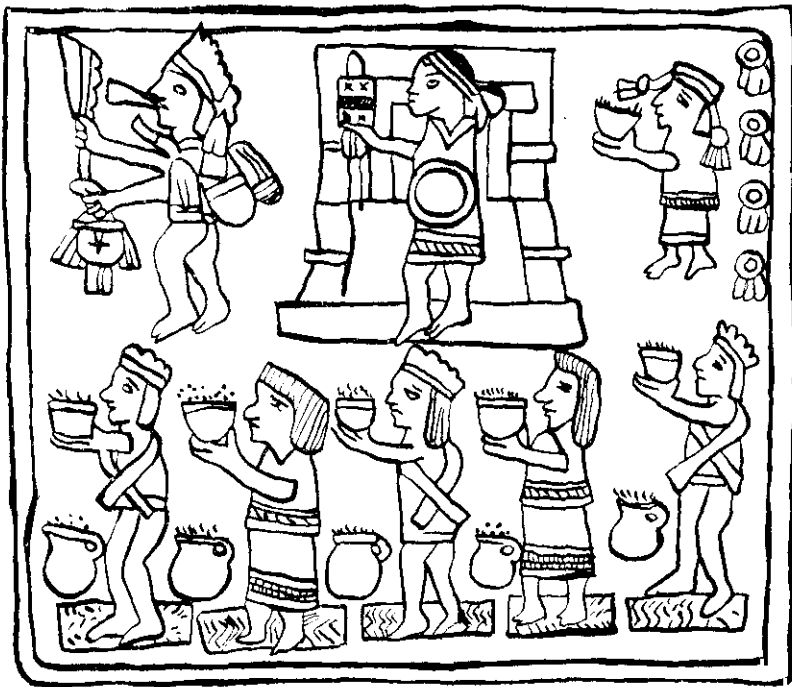


Fig. 15. Atemoztli. Códice Matritense: «Relación Breve...».

Según la «Relación Breve» eran las mujeres las que «sacrificaban a las imágenes» (1948, p. 314); mientras que Sahagún dice que eran los sacerdotes (HG, II, p. 215). Después del sacrificio, la gente comía la masa de *tzoalli* como una cosa sagrada (*teoqualo*) (SA, 1948, p. 314). En el Libro I Sahagún dice que la masa de *tzoalli* se les entregaba a los sacerdotes (o parte de ella?) (CF, I, p. 48).



Los atavíos de las imágenes se quemaban en el patio de la casa, junto con las vasijas pequeñas, en las que les habían ofrecido la comida. Las esteras sobre las que habían sido puestas (aztapilpetlatl), y las vasijas de calabazas verdes (chalchiuhtecomatl) eran llevadas al ayauhcalli. Al regresar, el dueño de la casa hacía un banquete en memoria de los tepictoton, en el que ofrecía a sus invitados mucha comida y pulque en tazas negras (L. II). Las mujeres que asistían al convite, traían consigo granos de maíz o mazorcas secas. Al ponerse el sol, los viejos y las viejas bebían pulque hasta la noche y se emborrachaban. La preparación del pulque, que se hacía antes de la fiesta, iba acompañada de prescripciones rituales. Se decía que si alguien bebía pulque en los días anteriores a la fiesta, los dioses le castigarían con todo tipo de desgracias: «que se le había de torcer la boca hacia un lado, se le secaba la mano o el pie, le temblaba la cara, la boca o los labios o entraba en él algún demonio».

Al amanecer del día siguiente, el dueño de la casa reunía a sus parientes para acabar de comer y beber todo lo que había sobrado del banquete. «Decían que los gotosos haciendo esta fiesta sanaban de la gota o de cualquiera de las enfermedades que arriba se dijeron, y los que habían escapado de algún peligro de agua, con hacer esta fiesta cumplían su voto». (L. I).

Al final de la fiesta, quitaban las tiras de papel (teteuitl) de los palos que estaban hincados en el patio de la casa y los llevaban «a ciertos lugares del agua que estaban señalados con unos maderos hincados (cuenmantli) o a las alturas de los montes» (HG, II, p. 216). Todas las vasijas que se habían utilizado en el banquete eran llevadas al lugar Tepetzinco en la laguna y echadas en el remolino de agua, Pantitlan (L. I) (véase fig. 21).

#### *Sacrificios de niños en XVIII-Izcalli.*

Según Durán empezaba en este mes la siembra del maíz en los montes y collados, ya que en ellos caían los primeros aguaceros con bastante antelación a los llanos. Se hacían ceremonias a los dos cerros Tlaloc y Matlalcueye, en las que

se sacrificaban un niño y una niña: «iban a ofrecer a los montes y a las cuevas y quebradas sacrificios, así de ofrendas de comida como de sangre de sus cuerpos». También se hincaban «unas varas largas con sus ramas, en los barrios, junto a los sacrificaderos y por las calles» (I/B, 21, p. 292), es decir, se levantaban los palos con las «tiras de papel» (te-teutil).

Los sacrificios de niños que se hacían en XVIII Izcalli (que era el último mes según el sistema del calendario de Sahagún) tenían su continuación en el mes siguiente, I Atlcaualo-Quauitleua, en el que se hacían los sacrificios más importantes de niños, a los que nos hemos referido detenidamente. Además, en este mes tenían lugar ceremonias muy elaboradas al dios del fuego, Xiuhtecutli.

### CONCLUSIONES

Los sacrificios humanos eran la característica más espectacular de la religión azteca en la época anterior a la conquista. Las dimensiones de estos sacrificios, dada la densidad demográfica de esta época, eran enormes. No hay que olvidar el significado político de estos sacrificios como medio de aterrorizar a los pueblos conquistados.

Las fiestas aztecas eran representaciones dramáticas de un enorme poder sugestivo, bajo cuyo encanto actuaban sacerdotes, espectadores y víctimas. Sólo este efecto dramático hace comprensible cómo se podían hacer estos sacrificios sangrientos en los que cada año se mataban cientos, y probablemente miles de hombres, mujeres y niños. Las víctimas no se sacrificaban simplemente a los dioses, sino que eran la representación viva de estos dioses, de manera que eran los dioses mismos los que eran sacrificados en el ritual. A través de su sacrificio se querían provocar los fenómenos que regían o personificaban aquéllos. Los sacrificios humanos no eran nunca actos de devoción, sino que se les atribuía una fuerza causal en orden a producir los efectos deseados; estaban basados en el principio mágico del «do ut des». Es de notar que no eran solamente las víctimas las que llevaban los atavíos

de los dioses, sino también los sacerdotes principales. ¿Representaban también los sacerdotes en este momento a los dioses y se perseguía con ello la finalidad de conjurar la presencia de éstos? Al parecer, el componente mágico era muy fuerte en el ritual, aunque en una estructura tan compleja como la religión azteca el aspecto «religioso» propiamente dicho, naturalmente estaba también muy desarrollado.

Otro aspecto importante es la relación entre el ritual y la mitología azteca. Existe una desproporción enorme en cuanto al material existente a favor del ritual. En consecuencia, es aconsejable empezar por el estudio de éste y buscar puntos de contacto con la mitología en la medida de lo posible. El mito y el ritual constituían una unidad. Por una parte, los mitos proporcionaban la justificación de los ritos; por otra, el ritual era la realización dramática del mito. El ritual era el puente entre la realidad mítica y el presente. Todas las ceremonias se efectuaban a este nivel mítico; los medios para su representación eran la palabra, el canto, el baile, los atavíos, los objetos litúrgicos, las ofrendas y sobre todo, los sacrificios humanos (véase Nowotny, 1970, pp. 24-28).

La concepción azteca de los dioses difería considerablemente de la concepción cristiana; según esta última, dios se concibe de manera abstracta, como un ser omnipotente que existe fuera del tiempo y del espacio; el hombre depende de su voluntad y se acerca a él con devoción. Los cronistas del siglo XVI estaban demasiado limitados por su propia visión del mundo para penetrar el diferente modo de pensar de la antigua religión mexicana. Para personas habituadas a pensar en términos de un monoteísmo, resulta muy difícil comprender una religión politeísta como la azteca. Esto sigue siendo un problema hoy día.

Los dioses aztecas eran concebidos como seres concretos con una realidad física, aunque sólo eran visibles en sus acciones. Se les identificaba con un lugar concreto o con un fenómeno natural. Aunque se adoraban bajo el mismo nombre en muchos lugares distintos, estos dioses no eran idénticos. Las deidades no eran seres omnipotentes fuera de la creación, sino que ellos mismos habían sido creados, tenían un carácter ambiguo y dependían de las leyes del cosmos. La adivi-

nación servía para conocer la voluntad del destino y de los dioses, mientras que los ritos eran la protección contra la arbitrariedad de ambos.

En este sentido, no se puede hablar de los Tlaloques como «dioses del agua» en términos generales, pues esto implicaría una concepción demasiado abstracta de ellos cuando personificaban fenómenos concretos. Los Tlaloques eran los dioses de la lluvia y de las tempestades, fenómenos que se originaban en los montes altos, en cuyas cumbres se engendraban las nubes; no vivían simplemente en los cerros, sino que eran los mismos cerros personificados. Se trataba de un grupo grande de dioses que representaban fenómenos parecidos. A este grupo pertenecían: el principal de ellos, Tlaloc; la diosa de los ríos, las fuentes y la laguna, Chalchiuhtlicue; la diosa de la sal y del agua salada, Uixtociuatl; el dios del viento, Eecatl; Matlalcueye, Iztac Ciuatl, el Popocatepetl y otros cerros deificados; así como una serie de dioses como Opochtli, Nappatecutli y otros que estaban relacionados con los dioses del pulque. Todas estas deidades eran la personificación de fenómenos concretos y muchas veces eran también patronos de gremios profesionales o calpullis.

Podemos distinguir tres grupos de fiestas que se hacían a los dioses de la lluvia y del agua: 1. El ciclo de los sacrificios de niños. 2. La fiesta del maíz tierno y el sacrificio de los Tlaloques en Etzalcualiztli, así como el sacrificio de Uixtociuatl en Tecuilhuitontli. 3. Las ceremonias con los tepic-toton o imágenes de los montes en las fiestas de Tepeilhuitl y Atemoztli.

1. En los primeros dos grupos de fiestas prevalecían los ritos mágicos para provocar la lluvia, así como los pronósticos sobre la caída de lluvia (hacer sonar el ayochicauaztli, incensar, las lágrimas de los niños, etc.). Las ceremonias con los teteuitl también pertenecían a estos ritos. Estas «tiras de papel» (amateteuitl), que se ofrecían junto con las «tiras humanas» (tlacateteuitl), eran objetos rituales con una connotación mágica: «por medio de ellas se produciría el verdor, el retoño y el crecimiento» (CF). Se encuentran objetos similares entre los indios del Suroeste de los Estados Unidos, como por ejemplo los «prayer sticks» de los navajos. Estudios

comparados con estos fenómenos similares en las más recientes culturas norteamericanas, pueden ayudarnos a comprender mejor la antigua religión mexicana.

Los sacrificios de niños se hacían a partir de XVI Ate-moztli (o posiblemente de XIII Tepeilhuitl) hasta IV Tozoz-tli; estaban estrechamente relacionados con las actividades agrícolas y dependían de la caída de la lluvia en un año concreto. Según la necesidad, se celebraban de manera más o menos elaborada en uno o en todos estos meses. Los sacrificios de niños se concebían como un trato entre los Tlaloques y los hombres, a través del cual los hombres obtenían la lluvia necesaria para el crecimiento del maíz. El mito proporcionaba la justificación de este contrato (Historia de los Reynos). Esta concepción implica que los sacrificios de niños no eran actos de devoción, sino que se les atribuía un poder coactivo sobre los dioses, forzándoles a dar lluvia.

2. En Etzalcualiztli la gente celebraba la fiesta del maíz tierno y por primera en el año comía «la comida del manjar de frijoles», que era considerado como un lujo. Hombres del pueblo vestían las insignias de Tlaloc e iban de casa en casa pidiendo el «etzalli»; a cambio, llevaban prosperidad a la casa donde entraban. Las mortificaciones y los ejercicios rituales que hacían los sacerdotes en esta fiesta, formaban parte del culto de Tlaloc, y parece que tenían por objeto reforzar el significado general de la fiesta, que era consolidar la buena terminación de la cosecha y asegurar la prosperidad en el año. La fiesta culminaba con el sacrificio de los Tlaloques (entre ellos Tlaloc y Chalchiuhtlicue) en el último día del mes; durante veinte días antes de la fiesta estas dos víctimas habían representado a Tlaloc y Chalchiuhtlicue.

3. Mientras que los primeros dos grupos de fiestas estaban estrechamente relacionados con las actividades agrícolas y el aspecto de los Tlaloques como dueños de la lluvia, el tercer grupo estaba relacionado con el otro aspecto de estos como montes deificados y patronos de ciertas enfermedades. En las fiestas de Tepeilhuitl y Ttemoztli se hacían las imágenes de los montes o «tepictoton». Durante el año anterior alguna gente había hecho el voto de modelar las figuritas porque, a) padecían ciertas enfermedades atribuidas a los Tlaloques (sarna,

parálisis, etc.); y b) se encontraron en peligro de ahogarse o morir en una tempestad. También se hacían algunas imágenes de los montes en memoria de los que habían muerto en estas circunstancias.

Entre las «figuritas modeladas» (tepietoton) cinco eran las más importantes: Tlaloc, Chalchiuhtlicue, Matlalcueye, Eecatl e Iztac Ciuatl, «... porque se llamaban los Tlaloques, y creían que ellos eran los que provocaban la lluvia» (SA, 1958/1, pp. 153-55). Algunas veces se mencionan entre los tepietoton también el Popocatepetl y las diosas Chicomecoatl y Ciuacoatl; las demás imágenes representaban todas cerros cerca de Tenochtitlan, donde se hacían también sacrificios de niños en I Atlecaualo-Quauitleua. En Tepeilhuitl se moldeaban además unas culebras de tzoalli así como los ecatotonti; estos últimos parecen haber representado los ministros pequeños del dios del viento, Eecatl-Quetzalcoatl. Todas las imágenes eran moldeadas por la noche y sacrificadas al amanecer como si fueran víctimas humanas. Después del sacrificio, la gente comía la masa de tzoalli como una cosa sagrada; especialmente los que tenían las enfermedades mencionadas, la comían para sanar de ellas. Ambas fiestas terminaban en banquetes con una borrachera ritual.

La diferencia más importante entre las dos fiestas era que en Tepeilhuitl se hacían además los sacrificios de los dioses del pulque y de varios otros dioses Tlaloques, mientras que en Atemoztli empezaban de nuevo los sacrificios de niños. Estos sacrificios «secundarios» en Tepeilhuitl parecen haber tenido más importancia de lo que se desprende de las referencias breves y dispersas de Sahagún, y sobre todo tienen interés porque arrojan luz sobre el culto de los barrios. Habría que investigar también si el sacrificio de los dioses del pulque tenía algo que ver con la terminación de la cosecha en esta época.

En las Tablas I-III se da un análisis de los ritos que hemos estudiado en este trabajo. Esta clasificación deja ver más claramente que estos ritos, aunque diferían en su forma exterior, tenían ciertas características básicas en común:

Todas las víctimas representaban a los dioses: los representantes adultos —los niños, que personificaban los «dioses

pequeños» (Tlaloques) a base de una asociación de magia por analogía— e incluso las imágenes de los cerros de tzoalli; para estos últimos se utilizaba el mismo término que para los representantes humanos: *ixiptla*, «imagen, símbolo». El ritual azteca poseía una teoría muy elaborada en cuanto a las circunstancias de los sacrificios humanos: La forma del sacrificio era diferente para los diferentes grupos de dioses. El sacrificio típico a los Tlaloques era el degollamiento (63) y la colocación del cadáver en un sótano (¿en el Templo de Tlaloc?), en el *ayauhcalli* o en una cueva en el monte. Los cuerpos de estas víctimas no se comían como era la costumbre. Es de notar que los cuerpos de los difuntos dedicados a Tlaloc se enterraban en vez de quemarlos como era la costumbre general; parece tratarse de la misma asociación de ideas.

Los lugares de sacrificios eran el Templo de Tlaloc en la pirámide principal del Templo Mayor, los santuarios en los montes y el lugar del remolino en la laguna (*Pantitlan*). El momento del día en el que se hacían los sacrificios también tenía su significado importante. Nuestro análisis demuestra que realmente todas las ceremonias principales se hacían entre la puesta del sol y el amanecer. Las ceremonias empezaban *generalmente con una vigilia u otras preparaciones rituales*, mientras que los sacrificios humanos se hacían a media noche (sacrificio de los Tlaloques en *Etzalcualiztli*) o al amanecer (en todos los demás casos). De momento, no es posible explicar el significado esotérico de esto, aunque recordemos que el amanecer tenía dos características importantes: la salida del sol, que debe haber sido un momento importante en el culto de este astro; y que era la hora con la que los aztecas empezaban a contar el día.

Quizás la conclusión más interesante es la referente a las interrelaciones entre el ritual y la estructura social. El análisis de las fiestas de los Tlaloques tiende a corroborar una

---

(63) Nuestras fuentes no indican el degollamiento para todas las víctimas, pero parece más bien que el informante se haya olvidado de mencionar este detalle. El degollamiento es mencionado para los niños y los *tepicoton*; según *Motolinía* no se les sacaba el corazón a los niños. El sacrificio de corazón es mencionado para los Tlaloques en *Etzalcualiztli*, para *Uixtociuatl*, y para los *tepicoton*.

observación que hemos hecho anteriormente en el análisis de la fiesta de Tlacaxipeualiztli (1970, p. 266): los sacerdotes, los barrios y la gente común eran los principales participantes en los ritos relacionados con el culto de la fertilidad, mientras que los nobles y guerreros intervenían en las ceremonias con funciones políticas y sociales. Tlacaxipeualiztli era la fiesta más destacada en la que participaban los guerreros, haciendo ostentación de sus hazañas militares; la fiesta culminaba con el sacrificio gladiatorio y la distribución de insignias, con las que el rey distinguía a los guerreros. Tlacaxipeualiztli asumió una creciente importancia política como medio de aterrorizar a los pueblos conquistados.

Por el contrario, las fiestas de los dioses de la lluvia carecían de esta ostentación de prestigio social y político; eran menos espectaculares. Una gran parte de las ceremonias tenían lugar en las casas de la gente común, y en ellas, los dueños de estas eran los principales actores. En las ceremonias secundarias en Etzalcualiztli y Tepeilhuitl intervenían además varios gremios profesionales; estos gremios parece que eran *calpullis*. Este aspecto de las ceremonias es particularmente interesante, ya que arroja luz sobre el culto de los barrios, que se desarrollaba de manera paralela con las fiestas principales en el Templo Mayor. Muchos más dioses de lo que se supone generalmente parecen haber sido patronos de gremios profesionales; entre ellos figuraban Chalchiuhtlicue, Uixtociuatl, Tzapotlatenan, Opochtli y Nappatecutli.

Las fiestas en las que la gente común participaba más activamente, eran Tepeilhuitl y Atemoztli. En Etzalcualiztli podemos distinguir dos partes de la fiesta: a) la parte en la que intervenía la gente común y los labradores; b) las ceremonias de los sacerdotes. Estos últimos tenían una relación particularmente estrecha con el culto de Tlaloc, dado que las tradiciones del sacerdocio habían estado íntimamente vinculadas a este culto desde tiempos muy remotos. Existía una relación estrecha entre los cultos popular y sacerdotal, y en cierto respecto ambos eran antagónicos al culto de la clase gobernante. Este tema tendría que ser estudiado más detenidamente, analizando la relación que tenían los nobles con el culto de los «dioses tribales y chichimecas».



Los sacrificios de niños eran las únicas ceremonias a los dioses de la lluvia en las que intervenían los nobles. Según la «Relación Breve», los nobles participaban en las procesiones en las que los teteuítl y los niños eran llevados a los montes. Según Durán, los reyes y los nobles eran los únicos participantes en la fiesta del cerro Tlalocan, así como en la fiesta de la Sierra Nevada (Iztac Ciuatl). En estas fiestas se observa una ostentación en cuanto a las ofrendas y las insignias de los participantes, rasgo que generalmente caracteriza la intervención de los nobles en el ritual. Según Motolinía, los hijos de los nobles eran las víctimas preferidas en los sacrificios de niños. Su afirmación es corroborada por los dos mitos conservados en la «Historia de los Reynos», según los cuales se sacrificaban a los Tlaloques la hija del jefe tribal de los mexicanos, Quetzalxoch, y los hijos de Uemac. El mito de Quetzalxoch da un significado político a la adquisición del maíz por los aztecas, invistiéndoles como los nuevos señores de México. Es comprensible que los nobles estuvieran más íntimamente relacionados con estos que con ningunos otros de los sacrificios a los Tlaloques. Parece que los sacrificios de niños no pertenecían al estrato más antiguo del culto de Tlaloc, sino que habían sido introducidos por los aztecas en el siglo xv.

## BIBLIOGRAFIA

Broda de Casas, Johanna.

- 1969 «The Mexican Calendar, As Compared to Other Mesoamerican Systems». *Acta Ethnologica et Linguistica*, no. 15, Viena.
- 1970 «Tlacaxipeualiztli: A Reconstruction of An Aztec Calendar Festival from 16th Century Sources». *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 5, pp. 197-274. Madrid.
- 1971 «Algunas notas sobre crítica de fuentes del siglo xvi». *Revista de Indias*. Madrid (en prensa).

Caso, Alfonso.

- 1956 «Los barrios antiguos de Tenochtitlan y Tlatelolco». *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, t. XV, núm. 1. México.
- 1958 «El Calendario Mexicano». *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, vol. XVII, núm. 1. México.
- 1962 «El Pueblo del Sol». México.

Clavijero, F. J.

- 1945 «Historia Antigua de México», t. II. México.

Durán, Diego.

- 1967 «Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme». Ed. A. M. Garibay, dos vols., México.

Garibay, Angel M.

- 1953-54 «Historia de la Literatura Nahuatl», dos vols. México.  
 1965 (Ed.) «Teogonia e Historia de los Mexicanos». México. (En este libro se incluye la «Historia de los Mexicanos por sus pinturas»).

«Historia de los Reynos de Colhuacan y México», véase Lehmann, 1938.

Kubler, George y Gibson, Charles.

- 1951 «The Tovar Calendar». Memoirs of the Connecticut Academy of Arts and Sciences, 11, New Haven. Conn.

Lehmann, Walter (Ed.).

- 1938 «Die Geschichte der Königreiche von Colhuacan und Mexico» (Historia de los Reynos...). Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas, I, Berlin.

Motolinía, Toribio de Benavente.

- 1967 «Memoriales» (ed. fac. de Documentos históricos de Méjico, I, 1903). México.

Nowotny, Karl Anton.

- 1968 a «Die aztekischen Festkreise». Zeitschrift f. Ethnologie, t. 93, Braunschweig.  
 1968 b «Zu den aztekischen Festkreisen». Tribus no. 17.  
 1970 «Rituale in Mexico und Nordamerika». Colonia (en prensa).

Pomar, Juan Bautista.

- 1941 «Relación de Texcoco». México.

Sehagún, Bernardino de.

- 1948 «Relación Breve de las Fiestas de los Dioses», trad. por A. M. Garibay. Tlalocan, t. II, núm. 4, pp. 289-321. Azcapotzalco.  
 1950-57 «Florentine Codex»: General History of the Things of New Spain», trad. por A. Anderson y Ch. Dibble. Monographs of the School of American Research. Santa Fe, New Mexico.  
 1956 «Historia General de las Cosas de Nueva España», ed. A. M. Garibay, t. 4. México.  
 1958/1 «Ritos, Sacerdotes y Atavíos de los Dioses», trad. por M. León-Portilla. México.  
 1958/2 «Veinte himnos sacros de los nahuas», trad. por Angel M. M. Garibay. México.

Schultze-Jena, Leonard.

- 1933 «Leben, Glauben und Sprache der Quiché von Guatemala». Indiana, I, Jena.  
 1935 «Mythen in der Muttersprache der Pipil von Izalco in El Salvador». Indiana II, Jena.  
 1950 «Wahrsagerei, Himmelskunde und Kalendar der alten Azteken». Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas, t. IV. Stuttgart.

Seler, Edward.

- 1902-24 «Gesammelte Abhandlungen» (GA), tomos I-IV; V: Register. Berlin.  
 1927 «Einige Kapitel aus dem Geschichtswerk des F. Bernardino de Sahagún», ed. C. Selcr-Sachs. Stuttgart.

Soustelle, Jacques.

1940 «La Pensee Cosmologique des Anciens Mexicains». Paris.

Tezozómoc, Hernando Alvarado.

1949 «Crónica Mexicayotl», trad. por Adrián León. México.

Torquemada, Juan de.

1943 «Los Veinte y un Libros Rituales i Monarquía Indiana» (ed. facsímile de 1723). México.

*Departamento de Antropología y Etnología de América.  
Universidad de Madrid.*





Fig. 16. El árbol «Tota» (Uey tozotli).  
Durán (Libro de los Ritos, cap. 8).



Fig. 17. La representante de  
Chalchiuhtlicue. Durán (Libro  
de los Ritos, cap. 19).



Fig. 18. Tepeilhuitl. Durán (Libro de los Ritos, cap. 18).



Fig. 19. La representante de Chalchiuhtlicue. Códice Florentino (Libro I, cap. 11).



Fig. 21. Pantitlan. Códice Florentino (Libro I, cap. 21).



Fig. 22. Fiesta de los Tepictoton (Atemoztli). Códice Florentino (Libro I, cap. 21).

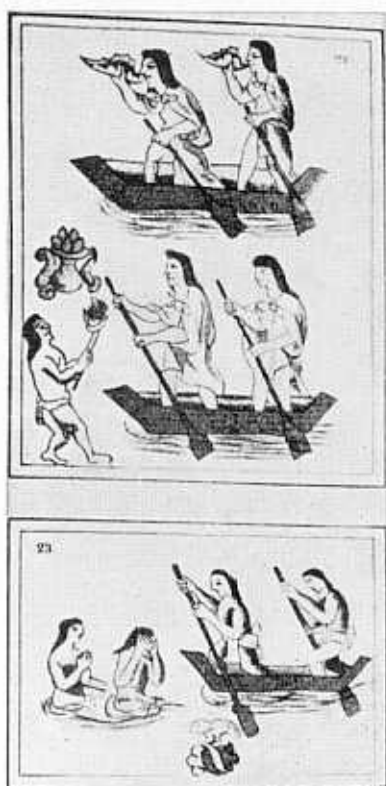


Fig. 20. Fiesta de Etzalcualiztli. Códice Florentino (Libro II, cap. 25).



TABLA I

*El ciclo de los sacrificios de niños*

FIESTA	SACRIFICIOS	PARTICIPACIÓN Y VÍCTIMAS	MOMENTO DEL DÍA
(XIII-Tepeilhuitl). (?)	Sacrificio de las dos doncellas; sacrificio de niños en los montes (?) (Durán).	Dos doncellas de línea noble (del calpulli Tezcoatli) (?); asisten los nobles y los sacerdotes.	—
XVI-Atemoztli.	Sacrificio de un niño y una niña en Pantitlan; sacrificios de niños en los montes. Los palos con los teteuitl se plantan en las casas, se llevan a los montes y al Pantitlan (Motolinía, «Relación breve»).	—	Al amanecer («Relación breve»).
XVIII-Izcalli.	Sacrificio de un niño y una niña a Tlaloc y Matlalcueye (en el monte) (?). Los palos con los teteuitl se plantan en los barrios (Durán).	—	—
I-Atlcaualo-Quauitleua.	Los palos con las «tiras de papel» (amateuitl) se plantan en las casas y en los templos de los barrios; después se llevan a los montes y al Pantitlan, junto con las «tiras humanas» (tlacateuitl), los niños que representaban a los cerros. Los niños se sacrificaban en los lugares siguientes: Quauhpetl. Yoaltepecatl. Tepetzintli: la niña Quetzalcoch. Poyauhtlan. Cocotl. Yiauhqueme. En el lugar del remolino: Pantitlan (CF).	Nobles, gente común y sacerdotes («Rel. breve»). Las víctimas: hijos de principales. (Motolinía.)	Plantación de los teteuitl a la puesta del sol («Rel. breve»); los niños pasan la noche antes del sacrificio en el ayauhcalli (CF) (sacrificio al amanecer) (?).
II-Tlacaxipeualiztli.	Se llevan teteuitl a los montes (Durán); sacrificios de niños (CF).	—	—
III-Tozoztontli.	Sacrificio de cuatro niños a Tlaloc en el monte (Motolinía, CF).	Niños esclavos. (Motolinía.)	—
IV-Uey tozoztli.	Sacrificios de un niño en el cerro Tlalocan, y de una niña (representando a Chalchiuhtlicue ?) en el Pantitlan; ceremonias con el árbol Tota (Durán).	Fiesta del cerro: los reyes de Tenochtitlan, Texcoco, Tlacopan, etc., y los nobles. Fiesta de la laguna: sacerdotes y gente común. (Durán.)	Fiesta del cerro: sacrificio al amanecer (Durán).
(?)	Sacrificios de dos niños y dos niñas en la Sierra Nevada (Iztac Cuatl) (Durán).	Los nobles y principales. (Durán).	—

TABLA II

VI-ETZALCUALIZTLI Y VII-TECUILHUITONTLI

Análisis de los ritos

DÍA DEL MES Y MOMENTO DEL DÍA	RITOS	TIPO DE RITO	PARTICIPACIÓN Y VÍCTIMAS	LUGAR
Día 10.	Se recogen juncos en Citlaltepec.	«Derecho de robar» en condiciones rituales.	Sacerdotes (tlamacazque).	Camino entre Citlaltepec y Tenochtitlan.
<i>Días 11-14: Ayuno de Tlaloc.</i>				
	(netlalocazualiztli).	Mortificaciones y preparación ritual.	Sacerdotes (tlamacazque): el rey; la gente común.	Templo Mayor; casas.
Durante el día. (?)	Ceremonia con cuatro bolillas de maíz.	Ejercicios rituales con castigo de los transgresores (A).	Sacerdotes.	Templo Mayor.
A media noche.	Autosacrificio de sangre.	Mortificaciones (rito de sangre).	Sacerdotes.	Templo Mayor.
Desde la media noche hasta el amanecer.	Procesión a la laguna con el ayochicauaztli.	Culto de Tlaloc (rito mágico para atraer la lluvia).	Sacerdotes (chalchiuhquacuilli).	Laguna: los cuatro ayauhcallis.
»	Baño en la laguna e imitación de las aves acuáticas.	Rito de magia por analogía.	Sacerdotes.	Laguna: lugar sagrado de Tlaloc.
Durante el día.	Ejercicios en el templo: se comen salsas; carrera con ramos y cañas de maíz.	Ejercicios rituales con castigo de los transgresores (B).	Sacerdotes.	Templo Mayor.
<i>Día 15: La fiesta del maíz tierno.</i>				
Durante el día.	Se come el «etzalli».	Comida con connotaciones rituales.	Gente común.	Casas.
»	Lavatorios en los ríos y fuentes.	Rito de purificación.	Gente común.	Ríos y fuentes.
»	Baile.	Baile con connotaciones rituales.	Guerreros y nobles.	Templo Mayor, tianguiz.
»	«El descanso de los instrumentos serviles».	Ritos con los utensilios de labranza (rito agrícola).	Gente común (los labradores).	Casas.
Desde la media noche hasta el amanecer.	Etzalmaceoztli, «el baile de etzalli».	Procesiones de limosneros que traen prosperidad (rito de fertilidad).	Gente común (los labradores).	De casa en casa.
Al amanecer.	Castigo de los transgresores del ayuno.	Ejercicio ritual: castigo (C).	Sacerdotes (tlenamacac en atavíos de Tlaloc).	Laguna Totecco.
»	Se hace sonar el ayochicauaztli, se queman los ulteteo, copalteteo e incienso.	Culto de Tlaloc (ritos mágicos para atraer la lluvia).	Sacerdotes (tlenamacaque).	Laguna Totecco.

Día 20: <i>Fiesta principal.</i>				
Al amanecer.	Ceremonias con cuatro chalchihuites; se hace sonar el ayochi-cauaztli.	Culto de Tlaloc (rito mágico para atraer la lluvia).	Sacerdotes (Tlalocan, tlenamacac y tlenamacaque en atavíos de Tlaloc).	Templo de Tlaloc.
Primera mitad de la noche (1).	Vigilia, bailes de Tlaloc y «se hacen volar pájaros».	Preparación ritual.	Víctimas, sacerdotes, telpopochtli.	Templo Mayor.
A media noche.	Sacrificios de los Tlalocues (Tlaloc y Chalchihuitlicue) (3) y de víctimas corrientes.	Sacrificio humano sobre un «fundamento de cautivos (sac. el corazón, los cadáveres son depositados en un sótano).	Representantes de Tlaloc y Chalchihuitlicue (esclavos) (5), cautivos.	Templo de Tlaloc.
»	Ceremonia con flores de ajeno.	Rito de magia protectora.	Gente común (espectadores).	»
Antes del amanecer.	Corazones y teteuitl son llevados al Pantitlan.	Ofrenda a Tlaloc.	Sacerdotes (tlenamacac, tlenamacac).	Laguna Pantitlan.
Al amanecer (2).	Lavatorio en la laguna y castigo de los transgresores del ayuno.	Lavatorio ritual y ejercicio ritual: castigo (D).	Sacerdotes.	Laguna Tetamazolco.

*Fiesta de Chalchihuitlicue (fiesta de un gremio profesional).*

Día 20. Durante el día.	Ceremonias en los barrios.	Ofrendas de primicias de xilotl a Chalchihuitlicue.	Sacerdotes de los barrios, gente común.	Sementeras, momoztli.
Día 20 o días anteriores (?). Durante el día.	Se hace la «imagen» de Chalchihuitlicue y se le da culto.	Se compone una imagen de la diosa (ixiptla), partiendo de un armazón de madera.	Sacerdotes (tlenamacaque); calpulleque; el rey.	Templo de Tlaloc.
A media noche (?).	Sacrificio de Chalchihuitlicue (4), patrona de la gente cuya actividad estaba relacionada con el agua.	Sacrificio humano (delante de la imagen de la diosa).	Representante de la diosa (una esclava ofrecida por la gente cuya actividad estaba relacionada con el agua).	Templo de Tlaloc.

*VI-Tecuilhuitontli. Fiesta de Uixtociuatl (fiesta de un gremio profesional).*

Días 10-19. Desde la puesta del sol hasta la media noche.	«Se canta como mujer» (en falsete).	Bailes y cantos rituales (preparación ritual).	Representante de la diosa; los salineros (las mujeres); calpulueuetque.	Templo Mayor.
Día 20. Al amanecer.	Sacrificio de Uixtociuatl, patrona de los salineros.	Sacrificio humano sobre un «fundamento» de cautivos (sac. de corazón).	Representante de la diosa ofrecida por los salineros; los sacrificadores: «uitotin»; cautivos.	Templo de Tlaloc.
Desde la puesta del sol hasta la media noche (?).	Banquete; el día siguiente se bebe el pulque que ha quedado.	Borrachera ritual y terminación ritual de la fiesta.	Los salineros (los viejos y las viejas).	Casas.

(1 y 2) Este horario indica que los aztecas contaban los días a partir del amanecer; según la cuenta europea se trataría de dos días siguientes.  
 (3 y 4) Parece tratarse del mismo sacrificio en los dos casos indicados.  
 (5) Estos representantes eran seleccionados veinte (o treinta) días antes de la fiesta (Motolinía).

TABLA III  
XIII-TEPEILHUITL  
*Análisis de los ritos*

DÍA DEL MES Y MOMENTO DEL DÍA	RITOS	TIPO DE RITO	PARTICIPACIÓN Y VÍCTIMAS	LUGAR
<i>Ceremonias con las imágenes de Tzoalli (Tepictoton)</i>				
Víspera de la fiesta: a la puesta del sol.	Baño en la laguna.	Rito de purificación.	Gente común.	Laguna, lugar del ayauhcalli.
Durante la noche.	Se hacen las imágenes de los montes, las serpientes, los huesos, los ecatotonti y unos arbolillos.	Se hacen imágenes de tzoalli (ixiptla).	Gente común (los enfermos de sarna, parálisis, etc.), sacerdotes.	Casas.
Antes del amanecer.	«(Las imágenes) se asientan en las casas».	Ofrendas a las imágenes (más borrachera ritual en las casas de los ricos).	Gente común.	Casas.
Día 20. Al amanecer (1).	«(Las imágenes) se hacen pedazos».	Sacrificio de las imágenes (degollándolos); teoqualo.	Gente común (los enfermos de sarna, parálisis, etc.).	Casas.
Durante el día. (?)	Se cuelgan los atavíos de las imágenes en el calpulli.	Terminación ritual de la fiesta.	Gente común.	Templo del calpulli.
<i>Sacrificios humanos.</i>				
Día 20. Al amanecer.	Sacrificio de Tepexoch, Matlalcueye, Xochtecatl (ixiptla tepetl), Mayauel (i. metl) y Milnauatl (i. coatl).	Sacrificio humano (sac. de corazón).	Representantes de los dioses.	Templo de Tlaloc.
<i>Sacrificio de las dos doncellas.</i>				
(?)	Baile.	Baile ritual.	Nobles, sacerdotes y víctimas.	Templo Mayor.
(?)	Esparcimiento de maíz en las cuatro direcciones.	Siembra ritual.	Las víctimas y cuatro sacerdotes.	Quauhxicalli.
(?)	Sacrificio de las dos doncellas.	Sacrificio humano (sac. de corazón, con las piernas cruzadas; se depositan los cadáveres en el ayauhcalli).	Dos doncellas de línea noble o del calpulli Tezcacoatl.	Quauhxicalli.
<i>Sacrificio de los dioses del pulque.</i>				
(Algunos) durante el día.	Sacrificio de Ometochtli, Tepoztecatl, Totoltecatl, Papaztac, Tlilha, Acolhoa, Tezcatzoncatl, Yauhuqueme, Tomiyauh.	Sacrificio humano.	Representantes de los dioses del pulque.	Tochinco, el templo de los Centzon Totochtín y otros edificios del Templo Mayor.
<i>Ceremonias de gremios profesionales (calpullis).</i>				
De noche.	Sacrificio de Nappatecutli (Tlaloque), patrono de los petlachihque que vivía durante un año en el templo del calpulli.	Sacrificio humano.	Representante del dios; el calpulli de los petlachihque.	Nappatecco.
(?)	Sacrificio de Opochtli (Tlaloque), patrono de la «gente del agua».	Sacrificio humano.	Representante del dios; el calpulli de la «gente del agua».	(?)
(?)	Sacrificio de Tzapotlatcatl (Tzapotlatenan) (?), patrona de la gente que trataba con uxtil; se hace una imagen de la diosa de tzoalli.	Sacrificio humano (delante de la imagen de tzoalli) (?).	Representante de la diosa; varios esclavos; la gente que trataba con uxtil.	(?)
(?)	Sacrificio de Xochiquetzal (2), patrona de las tejedoras, los plateros, los pintores y los entalladores.	Sacrificio humano (desollamiento); un sacerdote viste la piel desollada.	Representante de la diosa; las tejedoras, los plateros, los pintores y entalladores.	(?)

(1) Posiblemente había un día de intervalo entre estas ceremonias; véase nota 51.

(2) No está cierto si se hacía este sacrificio en Tepilhuitl o en el mes anterior; véase nota 57.

TABLA IV

XVI-ATEMOZTLI

*Análisis de los ritos*

DÍA DEL MES Y MOMENTO DEL DÍA	RITOS	TIPO DE RITO	PARTICIPACIÓN Y VÍCTIMAS	LUGAR
En este mes.	Se da incienso con el incensario de mango de culebra.	Culto de Tlaloc (rito mágico para provocar la lluvia).	Tlalocan tlenamacac.	Templo Mayor.
<i>Ceremonias con las imágenes de Tzoalli (Tepictoton).</i>				
Día 15.	Se hace penitencia y se compra material para hacer las imágenes.	Penitencia; preparación ritual.	Gente común.	—
La noche antes de la fiesta.	Se hacen las imágenes (tepictoton) y se levantan los palos con los teteuitl en el patio de las casas.	Se hacen imágenes de tzoalli (ixiptla).	Gente común (los enfermos de sarna, parálisis, etc.).	Casas.
»	Los sacerdotes ponen los atavíos a las imágenes y «las colocan»; vigilia y banquete.	Preparación ritual (vigilia) y ofrendas de comida y pulque (borrachera ritual) (?).	Gente común; (invitados); sacerdotes (tlamacazque).	Casas.
Día 20. Al amanecer.	Sacrificio de las imágenes.	Sacrificio de las imágenes con el cuchillo de telar (degolándolos, sac. de corazón); teoqualo.	Gente común; sacerdotes (los enfermos de sarna, parálisis).	Casas.
Durante el día. (?)	Se queman los atavíos en el patio de las casas; se llevan las esteras y vasijas al ayauhcalli.	Terminación ritual de la fiesta.	Gente común.	Casas, ayauhcalli.
Desde la puesta del sol hasta la noche.	Banquete con borrachera de los viejos y viejas.	Borrachera ritual.	Gente común (invitados).	Casas.
Día después de la fiesta. Al amanecer.	Los parientes «acaban con los restos».	Terminación ritual de la fiesta.	Gente común (parientes).	Casas.
Durante el día. (?)	Se llevan los teteuitl al Pantitlan y a los montes; se hunden las vasijas en el Pantitlan.	Terminación ritual de la fiesta.	Gente común.	Laguna, Tepetzinco, Pantitlan, los montes.
Día 20. Al amanecer.	Sacrificio de un niño y una niña en Pantitlan.	Sacrificio de niños.	—	Laguna, Pantitlan, los montes.